Hablar en público de higiene anti-tuberculosa, es labor humanitaria á que tiende todo médico tisiólogo y hasta diríamos que todo médico, si siente el deber profesional con el altruismo que hizo en tiempos pasados tener á la Medicina por :::: un verdadero sacerdocio ::::

DR. B. MALO DE POVEDA

AMOR Y CONCIENCIA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA,
PRECEDIDO DE UNA CONFERENCIA-PRÓLOGO



MADRID
IMPRENTA Y LIBRERÍA DE NICOLÁS MOYA
Garcilaso, 6, y Carretas, 8.

1913

ADVERTENCIA NECESARIA

El año 1909, y siendo Ministro de la Gobernación el Sr. La Cierva, en cumplimiento de deberes de mi cargo (1), *al hacer el proyecto de distribución de cantidades para lucha antituberculosa, propuse un premio «á la mejor obra literaria, representable con preferencia, y que enseñara lo más esencial de higiene antituberculosa».*

Pareció bien la idea al insigne y progresivo estadista que hizo más que nadie en España en pro de la salud pública, y especialmente de la lucha contra la tuberculosis; pero, aun encontrando bien la idea, hubo que desistir de traducirla en hechos, merced á la tiranía de los números, pues la modesta suma disponible no permitía esa forma de propaganda higiénica.

Han pasado cuatro años; la idea se fué arraigando más y más en mi cerebro; lamentaba no

(1) Secretario general de la *Comisión permanente contra la tuberculosis.*

verla realizada por nadie... y, creyéndome moralmente obligado á intentar su realización, emprendí la arriesgada empresa con mejor voluntad que fortuna, según se verá en seguida, pero con ánimo decidido de no perdonar medio para lograr el éxito buscado.

Escrita la obra, repartí copias á ilustres y queridísimos amigos, de cuya autoridad y sereno juicio estaba seguro; las opiniones de éstos coincidieron en que no había acertado, lo que no me extrañó después de todo (harto presumía que no era tan llano «inflar un perro» ó hacer un drama médico-social) y en que aquella obra mía, si era una obra buena, de eso también estaba yo seguro, pase la inmodestia, no era una obra representable con seguridad de éxito.

Mas, quizá por delicados miramientos de la amistad, Concepción Sáiz, Rufino Blanco y Salvador Canals, que tales fueron mis críticos amigos, no decían esto último lo categóricamente que yo deseara, por lo cual pedí el voto decisivo al ilustre actor y director de escena señor Díaz de Mendoza, y para desdicha de la obra y tranquilidad mía, Díaz de Mendoza abundó, desde su punto de vista, en la opinión de aquellos amigos. Así las cosas, yo, acatando la autoridad de aquél y de éstos, resolví publicar Amor y Conciencia, *pero precedido de las siguientes cartas:*

18-VI-912.

SR. D. BERNABÉ MALO DE POVEDA.

Mi buen amigo: En este momento termino la reposada lectura de su drama.

Soy yo tan verdadera amiga de usted, que voy á decirle todo lo que pienso.

Ha desarrollado usted en su obra un caso concreto, real y vivido de observación científica, poniéndolo al servicio de su ardiente anhelo de mejorar las condiciones fisiológicas de sus compatriotas. Dicho con menos palabras: ha presentado usted, como fondo del drama, *la verdad y el bien*.

Pero, amigo querido, la verdad y el bien, como *fines*, no pueden entrañar (fuera de casos de monstruosidad moral) choque de pasiones, ni deberes, base obligada del conflicto dramático.

En la primera parte de AMOR Y CONCIENCIA paréceme á mí que el conflicto no se presenta. Mario y Rosa sufren las consecuencias trágicas de su ignorancia é imprevisión, luchan con la miseria y la enfermedad, no con los sentimientos.

En la segunda, el conflicto aparece en el espíritu de Salvador (dispuesto á sacrificar los fueros de la naturaleza á la intensidad de sentimientos, un tanto intelectualizados), pero... es tan espinoso, que se hace indispensable presentarlo muy veladamente, y á través de las veladuras pasará

para muchos inadvertido (y entonces, adiós drama) ó bien penetrará en él un grupo de inteligentes, que, aun estimándolo en todo su valor moral, lo diputen aceptable «sólo para hombres».

¿He dicho á usted que el drama es un prodigio de observación? Yo pongo el nombre á muchos personajes. V... y E... son de carne y hueso.

¿Le he dicho que se lee con mucho interés? ¿Que hay figuras pintadas *d'après nature?*

Conste que presenta usted dos protagonistas: Rosa (á esa no la conozco) y el doctor Leal, al que creo conocer.

Ruego perdone las sinceridades de esta carta á su fraternal amiga,

CONCEPCIÓN SÁIZ.

* * *

30-VI-1912.

Mi querido D. Bernabé, amigo y doctor: Me tiene usted ganado hace tiempo para sus preocupaciones y desvelos de tisiólogo respecto de «tuberculosis y matrimonio», y la lectura del original que le devuelvo no hace más que confirmarme en aquella convicción respecto de la transcendencia y del benéfico acierto de su tesis. Ya que no podamos soñar con imponerla entre nosotros por la coacción del Poder público, aunque de ello se nos ofrezcan muy altos ejemplos por el mundo, habrá que confiar el prevalimiento de tan saluda-

ble sentir á la formación de una conciencia social que lo comparta y que lo imponga, y para ello es buena toda propaganda, y puede ser insuperable la del teatro. Mas, por esto mismo, porque se trata de una labor social más que de una obra artística, creo que no debe afrontarse ésta sin toda la posible seguridad del éxito, ya que el fracaso del intento se reflejaría en aquélla con daño de lo que tan perseverante y abnegadamente usted persigue. ¿Se puede confiar en el éxito escénico de su generoso ensayo dramático? Creo que no, por razones que le explicaré cuando nos veamos, y creo, por consiguiente, que debe usted desistir de que sea representado, aunque no de publicarlo, pues, leído ha de producir seguramente el efecto que sospecho que no alcanzaría en la prueba singular de la escena. Este es el leal parecer que le debe á usted su amigo y que debe á «la causa» su fervoroso creyente,

SALVADOR CANALS.

***

El Escorial, 12 de Julio de 1912.

SR. D. BERNABÉ MALO DE POVEDA.

Mi querido amigo: En esta residencia de nuestra sabiduría histórica, acabo de leer su drama titulado AMOR Y CONCIENCIA. El empeño de usted en que le diga mi parecer sobre la obra, me pone

en verdadero aprieto, no sólo porque yo soy mal clínico de enfermedades dramáticas, sino porque siéndole deudor de tantos beneficios para mi salud he de ver todo lo suyo con aquellos cristales de sincero afecto que la gratitud pone en los ojos de los que no somos totalmente desagradecidos; mas como el no complacerle con la misma escrupulosidad que usted pone en sus diagnósticos pudiera revelarle astenias de mi espíritu, graves y hondas, como las que usted conoce de mi averiada economía física, fuerza será darle cuenta en breves notas, de algunas apreciaciones que han brotado en mi juicio al contacto ardoroso de las páginas escritas por usted.

Hágolo, además, con cierta relativa tranquilidad, no sólo porque la probada amistad de usted me absolverá de cuantas faltas pueda cometer, sino porque sé que á esta *consulta académica* están llamados más conspicuos doctores, y me imagino, por anticipado, que su dictamen será el que haya de prevalecer.

En el camino de las letras nunca pasé de las primeras, pero este breve viaje me había proporcionado noticias de otros médicos y aun de otros profesionales como usted, que, generosamente tocados del proselitismo por el arte, pretendieron llevar á la escena las tesis de sus investigaciones científicas y de su experiencia social, y como de este orden de ensayos tiene el público tan doloro-

sos y recientes recuerdos, no había de bastar para el triunfo en nuevos intentos, producir una obra buena: era necesario producir una obra óptima que redimiese los pecados anteriores y desarraigase justificadas prevenciones.

Es cierto que algunos médicos, como Santero y Vital Aza, han sido muy aplaudidos en las tablas; pero es de advertir que no lo fueron por lo que tenían de médicos, sino precisamente por lo que no tenían de tales; y tampoco es de olvidar que algunos colegas de usted, ilustres en su profesión, han dado recientes ocasiones á muy deplorables efemérides de la escena.

Usted ha acometido la ardua empresa de predicar higiene honda y moralidad maciza por medio de una obra dramática, y quizás haya usted acertado, porque en este género de literatura son demasiados contingentes los pronósticos; pero temo que «se le vean las orejas al violín», esto es, que los fines docentes dominen á los del arte, y si tal ocurriera, aunque su obra llegase á lo inmejorable, estaría fuera de lugar para el aplauso del público indefinido, por cuyo aplauso las obras dramáticas perduran en los carteles.

Mi impresión es que AMOR Y CONCIENCIA puede ser estimada como obra de un autor de talento, que hace sus primeras armas en tan difícil género de poesías, pero que sobre este autor, y casi eclipsándole de continuo, se ve siempre al médico so-

ciólogo, observador, concienzudo y esclavo de su deber, que va derecho á la consecución del bien, sin tiempo para adornar con bellas flores el camino, que saben distribuir con tanto primor los adoradores del arte por el arte.

Aun admitiendo el cambio de rumbos que en orden á este género de producciones supone el arte docente, tropezará la obra de usted con la hostilidad de buena parte del público. Fuera el matrimonio solamente la unión fisiológica de un hombre y una mujer, y sería enteramente aceptable para todos la tesis que usted sustenta en su obra dramática; pero si el matrimonio es, además, una sociedad que ha de realizar fines religiosos y morales, jurídicos y ciudadanos, cooperativos y económicos, aunque aquel fin que usted persigue sea decisivo para la salud de la prole y la regeneración de la raza, siempre quedará exento el fuero de las concausas para los que examinen y estudien el problema desde los otros múltiples puntos de vista á que su estudio se presta.

Esto es lo que, en la esfera del discurso y del pensamiento, me ha sugerido la lectura de su obra; pero como ella es un drama, y el drama es acción apasionada, le diré también, con la sinceridad que usted reclama, lo que en este aspecto me parece AMOR Y CONCIENCIA.

Si hubiera de proceder por comparación, le diría sin rebozo que su drama es superior al ochen-

ta por ciento de los que se estrenan en nuestros días; pero como ello, en definitiva, no sería sino menguado elogio, he de apreciar someramente su obra, cotejándola con los ideales de su género, y de este cotejo resulta, á mi ver, que tiene algunos defectos de cohesión en su trama, los cuales se notan más en el tercer acto, porque el drama termina realmente en el segundo.

La vida está observada en su obra con entera precisión; la parte sentimental está bien dotada, y el lenguaje, con sus reminiscencias técnicas, es, no sólo preciso y exacto, sino sobrio, correcto y castizo.

Con todo ello, y por las razones arriba apuntadas, paréceme que los fines que usted persigue en su obra, más que en un drama representable, pudieran ser realizados en una novela dramatizada, de las que hay no pocos ejemplares en nuestra rica literatura.

Absuélvame de los defectos de estas notas, ya que su abundancia serán mi mejor resguardo, si por ventura sigue usted cultivando el AMOR con CIENCIA (no registrado en la mitología helénica) del divino Esculapio y de la musa tornadiza de la Comedia.

De usted afectísimo y agradecido amigo,

q. l. b. l. m.,

RUFINO BLANCO.

No me parece inoportuno copiar aquí la carta que, meses más tarde y cuando pude ocuparme con alguna atención de mi obra, sin detrimento de mis habituales quehaceres profesionales, dirigí al Sr. Díaz de Mendoza.

Madrid, 10 de Diciembre de 1912.

EXCMO. SR. D. FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Ante todo, conste mi reconocimiento por sus bondades prometiendo leer mi obra AMOR Y CONCIENCIA «con el mayor interés», según amablemente me dice su hermano político y cariñoso amigo mío, Sr. Conde de San Luis.

Confieso á usted que, recordando desdichados precedentes que están en la memoria de todos, relacionados con lo que pudiéramos llamar «teatro clínico», ó más ampliamente «teatro médico-social», me daba miedo someter engendro mío de tal índole, al juicio de quien lo leyera con justificado *prejuicio* que en nada me favoreciese.

Por eso pensé en usted desde antes de acabar la obra y me prometí acogerme incondicionalmente á su autoridad incontrastable, á su alteza de miras y hasta á las bondades de usted y de su noble é insigne esposa (c. p. b.), bondades harto notorias para que puedan parecer mis frases li-

sonjas interesadas; bondades, en fin, que son una garantía más para que vean, á través de lo que constituye mi drama escrito, los muchos dramas vistos, vividos y deplorados por un médico que va siendo viejo en el ejercicio de su querida profesión, de la que siempre procuró y sigue procurando hacer un verdadero culto.

A evitar algunos y aun muchos de esos dramas, que jamás se representarían en el escenario de la vida real «si las gentes aprendiesen á emplear sus energías en beneficio propio y ajeno, perfectamente realizable en la sociedad por venir, más fuerte, culta y buena que la actual», es á lo que tiende esa obra mía, que, con esas humanitarias aspiraciones y constituyendo una nueva fase del apostolado antituberculoso en nuestro país, puedo decir de ella que, cualquiera que sea su suerte, debe ser mi última obra teatral *(si lo es),* como ha sido primera.

Muy gustosamente cumplo el deber elemental de cortesía y gratitud de enviarle, á la vez que el drama, mis dos últimas publicaciones, una de las cuales, *El deber antituberculoso,* refleja con exactitud mi manera de sentir y pensar en la materia que intento llevar al teatro.

No será impertinente que copie aquí lo que digo á la cabeza de ese *Manual,* con cuya publicación tengo la inmodestia de creer que hice algún bien á mis semejantes.

«La lucha contra la tuberculosis constituye hoy un deber de todo ciudadano; deber tanto más imperativo cuanto el ciudadano sea de mayor categoría social, científica ó económica».

En lo que copiado queda, encontrará usted disculpa bastante á la obstinación con que le ha molestado con la presente su admirador y, si me lo permite y en todo caso, devotísimo amigo y s. s.

q. b. s. m.,

B. Malo de Poveda.

***

He aquí, ahora, la contestación del actor ilustre, al que, como á los queridísimos amigos Concepción Sáiz, Rufino Blanco y Salvador Canals, doy públicamente las gracias por un fallo que estimo tan autorizado como leal, discreto y saludable.

29-III-1913.

Sr. D. Bernabé Malo de Poveda.

Muy señor mío, de toda consideración: Con el mayor interés, en cuanto he podido disponer de algún tiempo libre, he leído el drama de usted, que me había sido muy recomendado por mi hermano el Conde de San Luis; y como él me encarga que diga á usted mi opinión con la entera sinceridad que se debe al talento, he de manifestarle

que su obra es muy hermosa, literaria y socialmente considerada; muy digna de ser conocida, leída y popularizada para bien de todos, enseñanza de muchos y satisfacción de los hombres de corazón y conciencia; pero que, por su misma transcendencia y austeridad moral, no creo reúna condiciones para su representación escénica. El teatro, al fin, es espectáculo. Como tal, tiene por espectadores gentes, en su mayoría, distraídas y frívolas, para quienes la enseñanza ha de ir envuelta en una anécdota de interés pasional; es decir, que para que traguen la píldora de la enseñanza ha de ir ésta envuelta en polvo azucarado de acción y de interés. Su drama, con toda sinceridad se lo digo, es una obra buena, una obra santa; pero no la creo una obra dramática representable.

Perdone mi ruda franqueza, hija de la admiración y el respeto que su talento me inspiran, y disponga en toda ocasión como guste, de su afectísimo seguro servidor, que le besa la mano,

FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.

REPARTO



PERSONAJES

DON ALBINO, marido de DOÑA NIEVES.
ROSA, hija de los anteriores.
MARIO, primer marido de Rosa.
ANGELITO, primogénito de ese matrimonio.
LEÓN, hijo segundo.
LUZ, hija última.
PETRA, criada antigua.
DOCTOR LEAL (D. José), Médico y protector de todos.
BLANCO (Félix), ayudante del Doctor.
SALVADOR VILLALTA, segundo marido de Rosa.
ARTURO. — DON ANTONIO. — VICTORIA. — MERCEDES. — DESPI. (Enfermos).
LUISA, mujer de Angelito.
FERNANDO, MARÍA } Hijos de Salvador y de Rosa.
JUANA, mujer de Fernando.
TOMÁS, marido de María.
PEPITO, hijo de Angelito.
RAFAELÍN, PURITA } De Fernando y Juana.
CARMINA, ANTOÑITO } De María y Tomás. (Niños).
CRIADO del Dr. Leal.
JULIÁN, criado 1.º, RAMONCILLO, íd. 2.º } De Don Salvador.



ÉPOCA ACTUAL, año 1913.—La escena en Madrid.

CONFERENCIA-PRÓLOGO

Lectura, á telón caído, por un actor vestido de etiqueta.

Público selecto y querido: en obras del género de AMOR Y CONCIENCIA, de un desarrollo que abarca, por la fuerza natural de los hechos, buen número de años, lo que encierra el grave peligro de romper la «unidad de la acción» en perjuicio del «interés dramático», se impone adelantar, por vía de prólogo, algunos antecedentes é ideas que voy á tener el honor de exponer en seguida.

Fué D. Albino, padre de Rosa, el último vástago de una familia linajuda y rica de Castilla; se crió enclenque y no recibió más instrucción ni educación, que las indispensables para no aparecer inferior á los gañanes de su casa.

Contagiado por el medio social de un pueblo esencialmente agrícola, bebió de muy joven el aguardiente en ayunas y al acostarse y el vino en las comidas y... entre comidas; parando, como era natural, en señorito gandul, ignorante, apocado y ebrioso. Sus padres, previsores á su modo, discurrieron, para que al del alcohol no se uniera

otro vicio que diese al traste con la precaria vida de su único heredero, casarle cuanto antes, eligiendo al efecto y ahorrándole así dolores de cabeza, si fuera posible que él los padeciese, una joven de más humilde abolengo, pero de inteligencia despierta y cultivada; pobre, calculista, de criterio estrecho y carácter algo duro que contrastaba con el de Albino, todo blanduras y debilidades, que le incapacitaban para luchar con nada ni con nadie, y mucho más con los propios defectos.

Como era de esperar, desde los primeros tiempos de matrimonio allí no hubo más voluntad que la de doña Nieves, la joven elegida por los padres de Albino; sin embargo, ésta no logró corregir al marido en sus pasiones por la holganza y las bebidas alcohólicas, únicas, por otra parte, de que era capaz.

Muertos los padres de D. Albino y dueño él de su hacienda y de su tiempo... para holgar más á su gusto, fué aquélla mermándose, pese á las energías y actividades de doña Nieves; confirmándose una vez más el apotegma de que *allí donde el hombre no trabaja y discurre, la mujer más valiente, hacendosa y capaz, sólo detiene, pero no evita la ruina.*

De este matrimonio nació Rosa; que fué también única, y como su padre, endeble, pero no albina, aunque sí rubia como espiga ya madura.

A los catorce años era Rosa una lindísima joven, muy esbelta, muy graciosa, de hermosos ojos de mirar lánguido, dulce y acariciador, de clarísimo entendimiento, de carácter suave y reflexivo, y emanando de toda su persona algo así como efluvios de dulcísima bondad, que hacían imposible verla sin admirarla y tratarla sin quererla.

Como la casa iba, y no despacio, camino de la catástrofe, tuvo doña Nieves, pues D. Albino harto hacía con agotar sus postreras energías en beber sus últimas copas, la oportuna idea de hacer á Rosa maestra, capacitándola así, hasta donde ello es posible en España, para la lucha por la existencia, ya que parecía probable y no remoto que había de encontrarse sola, pobre y obligada á bastarse á sí misma.

En un año, pues los hay de crisis en las casas como en los pueblos, terminó Rosa su carrera, terminó D. Albino aquel vivir necio y estéril que dejamos descrito, y terminaron, en fin, los míseros restos del pasado bienestar, quedando doña Nieves y Rosa á merced de lo que ésta pudiera obtener de la enseñanza, tras de luchar con las mil dificultades que asaltan al neófito en carrera en que tan alto se cotizan los años de práctica.

A duras penas consiguió Rosa dos modestas lecciones, en una de las cuales compartía el presupuesto de enseñanza con maestro de algunos años más que ella, de vasta cultura y, como ella, tan

bondadoso y excelente que no tardaron en intimar.

Y fué lo lamentable del caso, que los jóvenes no se dieron cuenta de que sus analogías de carácter dependían de otras esencialmente orgánicas; pues Mario, tal es el nuevo personaje de nuestra historia, si no era ya un tuberculoso como lo fué su padre, era sí un «predispuesto», en grado tal, que difícilmente escaparía á la terrible dolencia, sobre todo *viéndose obligado al modesto vivir y al excesivo trabajar* para ir saliendo decorosamente adelante.

La amistad de Mario y Rosa, pues desgraciadamente para ellos se encontraron muy á sazón de entenderse, *al revés de lo que á otros sucede que también se encuentran pero tarde,* fué pronto más que amistad, con gran contento de doña Nieves, que, fría como su nombre y superficial por razón de carácter, calculó que aquello era «buena y aun excelente proporción» para su hija.

Ni por asomos cayó en la cuenta la insustancial señora, de que la unión de dos plantas, *débiles ambas para resistir el huracán que las azota, contribuirá siempre á que las dos se tronchen y perezcan,* mientras que ambas podrían salvarse *si, separadamente, se les uniese á otras más vigorosas* y por ello capaces de triunfar de los vendavales de la vida.

Y era de ver la cara que puso doña Nieves

cuando el doctor Leal, antiguo amigo de la casa y director-médico de la familia, *hasta donde ésta permitía ser dirigida,* que trató á D. Albino y cuidó la precaria salud de Rosita desde su infancia, afirmó que el noviazgo de Mario y Rosa era el *comienzo de una enorme equivocación* y que, de seguirse adelante en la *consumación de aquel crimen de lesa naturaleza,* sería ello segura causa de irreparables desgracias.

Fué completamente inútil que explicase la gravedad de sus pronósticos; inútil que, partiendo de un análisis superficial del estado de salud y vigor de Rosa y Mario y de la *herencia orgánica* nada envidiable de los dos, tratara de probar que, así como *nadie puede dar lo que no tiene,* ni Mario ni Rosa, muy tasados de vida, energías y salud, podrían, convertidos por el matrimonio en pareja creadora, producir otra cosa que *frutos averiados y raquíticos* tan faltos de salud y vigor como de hermosura.

Doña Nieves no entendía ó no quería entender tales reflexiones y argumentos y, ó callaba, reflejando en su silencio y en su rostro la más terca incredulidad, ó argüía con la endeble razón de que «siempre se casaron los que casarse quisieron, por sí solos ó de acuerdo con sus familias, sin pensar en someter el proyecto de matrimonio al dictamen pericial de los médicos».

Los temores y augurios del doctor, según doña

Nieves, no merecían ser tomados en cuenta, «pues de otro modo, dejarían de hacerse gran parte de los matrimonios que se hacían y hasta habría que anular buena parte de los consumados».

Engañados inocentemente Mario y Rosa, decidida doña Nieves á *explotar,* á su modo, circunstancias tan favorables á sus triviales inclinaciones y desoído el sabio y noble consejero, se convino y llevó á cabo el matrimonio, para el que todo fueron facilidades y gloriosos pronósticos de amigos y conocidos, tan bien intencionados como ignorantes de *lo que debe ser un matrimonio que atienda al bien de la familia presente y futura.*

Antes de un año, Rosa necesitó dejar las lecciones para cuidarse y cuidar el primogénito, al que pusieron Angel y al que hubo de criar, siempre con la intranquilidad de que se malograse un sér que, por lo endeble, parecía destinado á engrosar la inmensa legión de «angelitos al cielo».

Aumentadas las necesidades de la casa y mermados los ingresos, Mario hubo de procurar, con el aumento de su trabajo, el equilibrio del presupuesto doméstico.

Hizo nuestro hombre verdaderos milagros de resistencia, que conservaron la casa á flote otro año, al fin del cual, Rosa, de nuevo encinta, hubo de suspender *à fortiori* la lactancia del niño, que tenía un año á la sazón, al par que su marido empezaba á sentir los primeros síntomas del terrible

mal que arrebatara á su padre, y que al fin debía también, y después de inenarrables sufrimientos, acabar con su existencia.

A poco cayó en cama la madre infeliz, trayendo al mundo *prematuramente* la nueva muestra de su morbosa fecundidad, representada esta vez por un niño enteco y deforme, esquelético, de cabeza grandísima, y que parecía animado de un soplo de vida pronto á extinguirse merced á su congénita debilidad.

Mejoróse Rosa, siquiera en parte, de los quebrantos morales y físicos; doña Nieves no hacía otra cosa que cuidar, para que no pereciese abandonado, aquel «borrador de criatura», y el padre, de férrea voluntad aunque de cuerpo minado por la lenta y fatal tuberculosis, sobreponíase á tanta desdicha tratando de infundir alientos á la triste y dulce compañera, un día en el amor y cientos de días en el tremendo é ineludible sufrir de aquella situación desesperante.

Rosa correspondía dedicándose con febril actividad á los múltiples quehaceres domésticos, que ocuparían muy bien el tiempo de dos criadas, pero de las que era forzoso prescindir ante la creciente falta de recursos.

Contra lo que parecía inevitable, aquel misérrimo sér, al que pusieron de nombre León, fué ganando en resistencia, y aunque con todos los estigmas de raquitismo (brazos y piernas nudosos y

esqueléticos, vientre y cabeza enormes, pecho de pájaro, cara de mono, inteligencia dormida y deseos vehementísimos), llegó á los cuatro años, constituyendo la más pesada cruz que pudiera imaginarse para los débiles hombros de una madre inteligente, bondadosa, pobre y enferma como ya lo estaba la infelicísima Rosa.

Aquel sér grotesco y ruin era habilísimo para llevar á cabo las mayores diabluras que, á no verlas, parecerían inconcebibles por un niño tan falto de energías como este de nuestra historia.

Parecía mentira que aquel muñeco, en apariencia tan impotente, esgrimiendo un bastón de su padre, que casi necesitaba para apoyarse y no caer, se convirtiese en un verdadero demonio exterminador, en una verdadera alimaña que no dejaba objeto sano con poco frágil que fuese, adorno vivo ni cristal que no saltara en mil pedazos al seguro golpe del bastón paterno, que él trocaba en ariete con pasmoso tino, como puesto al servicio de la más perversa de las intenciones: la de destruir ó inutilizar cuanto á sus ojos aparecía como útil ó estético.

Y producía escalofríos, no sé si de dolor, de repugnancia ó de miedo, ver á ese niño, lo bastante inteligente para distinguir á los miembros de la familia, y tan inconsciente ó malo, que celebraba con sonoras carcajadas todo el mal que hacía, aumentando más y más lo ruidoso de sus explosio-

nes de diabólica alegría cuando veía á su pobre madre afligirse y acongojarse.

El padre, pensativo y reconcentrado, parecía no darse cuenta de la causa de tantos males; eludía ver á León y hasta nombrarlo, y si Angelito le producía satisfacción, pues era el reverso de la medalla por su entendimiento, aplicación y bondad, no llegaba esa satisfacción á ser completa, pues parecía adivinar en la carencia de la natural alegría infantil de su primogénito, una falta de salud y vigor que empañaban el porvenir de esa familia, cuyo presente no podía ser más doloroso.

Diez meses más tarde de nacer León, una preciosa niña, digna hermana de Angelito hasta parecer su miniatura, traía al hogar, ensombrecido por la limitación de salud y de recursos, más que alegrías, como es de ley que suceda en todo alumbramiento, preocupaciones y dificultades; pues sobre ser bien notorio que Rosa, no repuesta aún de lo pasado, estaba incapacitada para atender á esta nueva crianza, el infeliz marido no podía, por mucho que lo quisiera, aumentar de nuevo los ingresos de su trabajo.

Criada la niña Luz con biberón gracias al valioso auxilio de doña Nieves, que se encargó de aquella especial lactancia, compatible con sus años y para aliviar de trabajo á Rosa, que habiendo dejado las lecciones definitivamente, reservóse

los quehaceres domésticos, quedó establecido un *modus vivendi* decoroso que pareció vencer de momento las dificultades económicas de la casa.

Cuando año y medio más tarde enfermó Luz con todos los síntomas de *meningitis tuberculosa,* hubo en aquel hogar las dos semanas peores que pueda imaginarse.

La enfermita, según ocurre en este mal terrible, iba peor cada día, en convulsión incesante, con muecas horribles y gritos desgarradores; afligía á doña Nieves que, no sabiendo sino maldecir de la inutilidad de los recursos médicos, llamaba á sus hijos, no comprendiendo que Mario, heroico para sobrellevar su tuberculosis sin abandonar el trabajo, *tuberculosis que conocía aunque no confesaba,* era un niño débil y cobarde para ver á su hijita, un ángel de año y medio, gritando, retorciéndose y sufriendo de modo que disculparía en un padre el acto de más loca desesperación.

Y en cuanto á Rosa, si se acercaba á la cuna á besar á su pobre hija, al verla padecer víctima de aquel «delirio muscular» que la hacía apretar puños y dientes, girar los ojos y revolcarse en la camita como una posesa, se tapaba el rostro con las manos para no mirar al angelito de sus entrañas sometido á infernales torturas, lloraba en abundancia como una «Magdalena» inconsolable y caía en un mutismo, una quietud y una indiferencia más temibles para su salud y su vida que las an-

teriores, apasionadas y, después de todo, legítimas manifestaciones de dolor y amargura.

Sólo el médico, el doctor bonísimo, conseguía hacerse escuchar en tales momentos é imponiéndose, con los derechos que da el haber sido profeta de tantas desdichas y ser testigo desinteresado y cariñoso del dolor y la desgracia ajenos, sacaba de allí á Mario y Rosa, les amonestaba por su falta de estoicismo, les recordaba *los derechos de Angelito y de su hermano,* pero sobre todo del primero, y obtenía, en fin, el partido posible en la tremenda situación de sus amigos y clientes.

Doña Nieves presenciaba, á ratos estoica y á ratos desesperada, el apagarse, entre sufrimientos y convulsiones, de aquella pobre Luz *que jamás debió encenderse* si las leyes, tan sabias y progresivas en otros respectos de la vida social, no dejaran en el más absurdo y cruel de los olvidos *el interés de la familia y de la raza.*

Y murió aquella pobrecita niña después de una agonía interminable y terrible, de las que escapan á toda descripción y de las que hacen acongojarse al espíritu más valeroso y volver el rostro al más curtido en presenciar humanos dolores.

Pasados unos meses y cada vez más extenuado y débil, vióse Mario obligado á guardar cama, no pudiendo suponer el desdichado que aquello fuese el principio de su fin; fin harto próximo, ya que la fiebre casi constante, los sudores y el

inevitable frecuentísimo toser, con todas sus naturales consecuencias, habían de agotar en breve las mermadas energías de su castigado organismo.

Así han pasado últimamente los días sin alivio, y febril, agotado, perdiendo sin cesar lo poco que perder podía; es un dolor verle luchar, más heroico que resignado, con un *afán de vivir y una esperanza de conseguirlo,* bien merecedoras de alcanzar lo que es absolutamente imposible.

En este momento empieza el DRAMA.

El actor se marcha, y en seguida, pero lentamente, se levanta el telón.

ACTO PRIMERO

Gabinete modesto de casa de Mario y en él Doña Nieves. Al fondo, puerta que comunica con el dormitorio del enfermo.

Doña Nieves, cuarenta y cinco años, algo rubia, tasada de estatura, llenita de carnes, ojos obscuros, de mirada viva y penetrante.

DOÑA NIEVES

Sola y monologando.

¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hemos hecho para que así nos castigues? Y si no hicimos nada merecedor de ello y nos envías tantos males para poner á prueba nuestro valor y nuestra fe, piensa en que si la fe en tu bondad y en tu sabiduría es inagotable, el valor de estas dos pobres mujeres, tan combatidas por la desgracia, acaso no pueda resistir ya más de lo que ha resistido!

¡Qué desconsuelo, Dios mío! Cuando, casada mi pobre hija creímos disfrutar tranquila y santamente de lo que nos pareció un cambio favorable, viene sobre nosotros esta serie de desdichas que no sé si tendrán ya otro remedio ni otro final, que el final de nuestra existencia.

¿Quién podría pensar y menos temer desdicha

tanta? ¡precisamente á consecuencia de la unión que representaba la salvación y la dicha de todos!

PETRA

Criada vieja, buena, pero *pétrea*, que sigue el calvario de la familia. (Apareciendo en la puerta).

Ya viene el doctor Leal.

DOÑA NIEVES

Como si un latigazo la volviera á la realidad y cayendo en seguida en una verdadera congoja, clama sollozando:

¡El doctor lo sabía; el doctor lo anunció; el doctor se opuso con toda su autoridad de médico y de amigo, á lo que él llamaba «perpetración» del matrimonio, ya que, de consumarse, sólo traería desgracias y catástrofes! ¡Y yo, ciega é ignorante, desoí sus consejos y enseñanzas, contribuí á que los desoyese mi hija y allanando dificultades, venciendo obstáculos y abreviando trámites, fuí primero madre insinuante; más tarde, aunque con buenas intenciones, madre complaciente á la vez que amiga suspicaz é ingrata del mejor amigo y consejero, del bueno del doctor, que anunció todo lo que ahora sucede y no fué escuchado y menos obedecido!

¡Y él, que sobrado de razón pudo retirarse para siempre de una casa en que tan mal se le correspondía, sigue ayudándonos, cuida nuestros enfer-

mos y aconseja á los sanos para que conservemos la salud tan necesaria en las circunstancias durísimas que nos rodean.

El doctor ha entrado, serio pero tranquilo; con esa serenidad que es la naturalidad misma de quien hace siempre el bien que puede y desea hacer un bien mayor.

El DOCTOR LEAL (Don José) es hombre como de cincuenta años, buena estatura, sanguíneo, pletórico y casi atlético; rubio ya canoso, boca fina, nariz ligeramente aguileña, color sanísimo, de expresión algo seria, firme y bondadosa. Movimientos apropiados y nada perezosos.

DOCTOR LEAL

Dirigiéndose á DOÑA NIEVES.

¿Qué hay de nuevo?

DOÑA NIEVES

Al verlo.

¡Perdón, perdón, querido D. José, yo no merezco que usted atienda mis llamadas, que usted me salude siquiera; ya lo sé, todo eso lo sé; yo desprecié sus consejos y advertencias, yo no creí en sus pronósticos, que ahora veo confirmados con tal exactitud que me llena de remordimientos, especialmente para con mi hija, mi pobre Rosa, víc-

tima inocente de su inexperiencia y de mi ignorancia!

El doctor Leal adopta un aire resignado y convencido, que se deja al talento del actor.

¡Sí, querido Doctor, yo no debía llamar á usted ni molestarle, pero Mario está muy mal, pide que usted venga y yo no sé negarme á ese deseo aunque me avergüence abusar de las bondades de usted para con nosotros!

DOCTOR LEAL

Con familiaridad y como quitando importancia á sus molestias.

¡Bueno, bueno, basta de lamentaciones que á nada conducen y nada resuelven; no me hable de perdones que supondrían faltas voluntarias que usted jamás ha cometido y mucho menos Rosa; hábleme de Mario, dígame cómo ha pasado el día y si Rosa descansó algo, pues hay que evitar á toda costa que enferme precisamente en los últimos momentos de su infeliz marido.

DOÑA NIEVES

¡Doctor, Rosa me tiene alarmada, es preciso que usted la riña, pues á usted hará el caso que á mí no me hace!

Convencida como está de que su marido se

muere, de que no puede menos de morirse, se obstina en no separarse de su cabecera.

El DOCTOR oye sonriente y como aprobando esa conducta.

Y dice «que no puede hacer más, pero que no debe hacer menos de lo que hace en bien de su querido Mario».

Y es preciso verla cómo le prodiga las mil atenciones y delicadezas que por su estado reclama el pobre enfermo, para comprender que no hicieran más una madre ó una hermana.

DOCTOR LEAL

Y hace magníficamente; yo la aplaudo después de admirarla y, sabiendo como sé el peligro que corre, veo con gusto que Rosa es lo buena y santa que ya sabíamos y arrostra el peligro del contagio, que no desconoce, con la tranquilidad del que sabe que cumple sacratísimos deberes.

DOÑA NIEVES mira al DOCTOR con extrañeza, casi con espanto. El doctor continúa como subrayando las frases.

Sí, amiga mía, los últimos momentos de nuestra existencia serían, sobre terribles, repugnantes, si no nos viésemos asistidos de los seres más abnegados y buenos entre los que forman nuestra familia y amistades, esos seres queridos á que

llamamos «nuestros», ensanchándosenos el alma y sea cual fuere el lazo que con ellos nos una, formado por el tiempo y las buenas obras.

Añádase á eso, que la agonía de un tísico suele ser cruel, desesperante, interminable como en ningún otro mal, agravada por la perfecta lucidez del enfermo y se tendrá idea aproximada de lo que sufre, para morir, el infelicísimo Mario y de la pena amarguísima de Rosa.

DOÑA NIEVES

Admirada.

Pues bien, nadie diría, al ver á mi pobre hija tranquila y resignada dirigir á su marido las miradas más tiernas, las palabras más dulces y consoladoras, dedicándole los esmeros y cuidados de la más cariñosa de las madres al más desdichado de los hijos, nadie diría, repito, que era la misma Rosa que hace temer, en los cortos instantes que falta del lado del enfermo, que ha de durar menos que éste, según se muestra de abatida y desolada.

DOCTOR LEAL

Ese tremendo sufrir que hace á usted presentarse egoísta hasta la crueldad, sufrimiento capaz de dar en tierra con la naturaleza más vigorosa, es el último, pero ineludible tributo que Rosa debe ofrecer á su marido. Y Rosa hace muy bien no pensando en sí, pensando apenas en sus hijos y

pensando únicamente en el padre y esposo infeliz que en los mejores años de la vida, lleno de proyectos é ilusiones, vese morir irremisiblemente, dejando pobres y desamparados á los seres queridos por quienes fuera capaz, si él fuese capaz de algo todavía, de arrostrar gustoso los mayores peligros, de acometer las más difíciles empresas y de remover, en fin, los mayores obstáculos que puedan presentarse á un hombre sobre la tierra.

Sin esperar nueva réplica de DOÑA NIEVES pasa el DOCTOR LEAL á la alcoba del moribundo.

Cambio de decoración, apareciendo dormitorio de regulares dimensiones, en el que hay una cama (1), dos mesitas de noche, una mesa pequeña con medicinas, etc., y media docena de sillas apropiadamente colocadas.

En el centro del testero opuesto al espectador, la cama, y en ella MARIO preagónico. A los lados de la cama, huecos de ventanas (abiertas); sobre el muro de la derecha del público, la mesa portátil; en el muro de la izquierda, una puerta. Luz artificial colocada á la izquierda de la cama, de modo que se vea la cara del moribundo, sin exceso de iluminación.

MARIO, de treinta y dos años, endeble y tuberculoso por hijo de tuberculosos que murieron jóvenes

(1) En caso de representación escénica, puede substituirse la cama por una *chaiselongue* de dos brazos y alto respaldo; mueble comodísimo para enfermos disnéicos y en el que, con preferencia al lecho ordinario, pasan los últimos días muchos cardíacos y no pocos tuberculosos.

y tísicos; de clarísimo entendimiento, de carácter insinuante, bondadoso y aun excelente; ilustradísimo, conoce últimamente su situación y muere de su tuberculosis en la escena, dejando á Rosa, á la que adora, la doble herencia de los hijos Angelito y León y quizá su propio mal transmitido por contagio.

Rosa, de veintiséis años, alta, muy rubia, de cutis transparente, nariz fina y recta, ojos azules, movimientos suaves y cadenciosos, voz y acento altamente sugestivos.

El muriente en la cama; á su derecha Rosa; á su izquierda Petra; es ya de noche. Mario está medio sentado, disnéico, sudoroso y algo afónico. Llega el doctor Leal y saludando á Rosa con una inclinación de cabeza y á Petra con una mirada que quiere decir «ya sabemos que esto va muy mal», ocupa el sitio de Rosa que se lo deja espontáneamente y como si ello fuera costumbre, viniéndose Petra á los pies de la cama y ocupando Rosa el sitio de ésta. Todo ello con la mayor naturalidad y en silencio algo emocionante.

Mario fija su mirada entre resignada é interrogante, en el doctor Leal, quien reduce su saludo á una simple inclinación de cabeza. (Los saludos de este doctor son siempre adaptados á las circunstancias y pudiéramos decir que personalísimos).

El doctor Leal posa sobre el enfermo sus ojos tranquilos, escrutadores é impenetrables cuando conviene que así sea, y tras breves momentos realmente solemnes, en

que aquellos dos hombres, dignos uno del otro por su entendimiento, su cultura y la bondad de sus almas, cruzan miradas tan distintas como corresponde á su distinta situación, el médico, cogiendo con su derecha, tierna, cariñosamente la mano derecha del enfermo, apoyando suavemente su izquierda en la cabecera de la cama é inclinándose como lo haría una madre para besar al hijo de sus entrañas en peligro de muerte, dibujando en sus labios la más dulce sonrisa, poniendo en su voz el más noble de los acentos y dejando, en fin, asomarse á sus ojos la bondad que atesora en su alma de santo, le pregunta:

DOCTOR LEAL

Un poco mejor ¿verdad?

Deslizando su mano hacia la muñeca del enfermo, le pulsa, atentísimo siempre, mirándole tranquilo, pero dejando ver que su atención se reconcentra en la observación del pulso y la respiración principalmente.

Al medio minuto de observación, continúa:

Sí; está usted mejor que esta mañana y me va á hacer el favor de creerlo; no debe ser desconfiado y miedoso quien supo arrostrar heroico situaciones peores, con mucho, que la actual.

Y luego, inclinándose más aún sobre el enfermo, sin temor de aspirar su peligroso aliento, á punto de que inclinarse algo más sería besarle.

A Mario.

Algo me quiere usted decir; ya le escucho. Diga lo que quiera, pero no se esfuerce ni fatigue más de lo necesario; ya sabe que no precisa hablar mucho para que yo le entienda.

MARIO

Afónico.

¡Mis hijos; quiero ver á mis hijos!

DOCTOR LEAL

(Como hallándolo muy natural).

¿A los dos?

MARIO

Esforzándose.

Sí, á los dos.

DOCTOR LEAL

¿Ahora ó mañana?

MARIO

Con afán y angustia.

Ahora, ahora.

DOCTOR LEAL

Bien; los verá usted en seguida; pero con una condición; ya sabe que soy

Con seriedad algo cómica.

un tirano insoportable;

El enfermo dibuja en sus labios una levísima sonrisa, casi inexpresiva, como de preagónico; pero en la que se puede leer muchas cosas buenas para el doctor: gratitud, cariño, admiración, etc.

la condición es la de no afligirse ni afligir á Angelito, que sabe usted es más precoz de lo que conviniera.

Yo mismo se los traeré y me los llevaré cuando haya usted besado sus frentes infantiles; los niños se impresionan más de lo que dura poco y no es prudente que usted, débil como está, abuse de sus energías y mi condescendencia, sometiéndose por más tiempo del regular á emociones, que siempre son perjudiciales por lo que deprimen.

En una palabra, querido Mario, que una vez más tendrá que perdonarme el que actúe

También con cómica seriedad.

de tirano.

Nueva sonrisa tristísima y dulce del paciente.

Sale el DOCTOR LEAL llevándose á ROSA, cual si juzgara imposible para ésta presenciar la escena, «de despedida», aunque nadie pronuncie esta palabra, entre el padre y los hijos.

A poco, entran el DOCTOR LEAL y DOÑA NIEVES; ésta llevando una copita de medicina.

A MARIO.

Vamos, tome usted este antiespasmódico, que

sujetará un poco esos nervios, para que ni se emocione ni emocione á los niños.

Dándoselo por sí mismo.

¡Muy bien!

Aparte, mientras DOÑA NIEVES, muda y como alelada, permanece á un lado de la cama, el DOCTOR prepara algo en la mesita de los medicamentos.

¡Infeliz! No antiespasmódico que calme los nervios, sino tónico que sostenga tus agotadas energías es lo que necesitas y es lo que te damos, ya que sería inhumano negar á un padre que se despida de sus hijos, aun arrostrando, como aquí, el peligro de una catástrofe.

Voy por los niños, y Dios permita que salgamos bien del grave riesgo que nos amenaza.

Sale nuevamente el DOCTOR volviendo en seguida con los niños de la mano, y ofreciendo el contraste, por lo menos curioso, de que mientras apenas puede contener al mayor, ANGELITO, que lucha por precipitarse todo emocionado hacia la cama, apenas puede arrastrar á LEÓN, que no quiere entrar.

A DOÑA NIEVES.

Rosa ha dicho á este diablillo que aquí no se puede gritar, correr y romper, y se resiste como un condenado. Ayúdeme cortándole la retirada.

DOÑA NIEVES acude, empuja al chico, que queda así apoyado en su abuela y como detenido por ésta,

mientras que ANGELITO, libre ya del DOCTOR, se lanza y coge la mano derecha de su padre, pendiente del lecho, y la cubre de besos, no obstante la oposición del DOCTOR que, algo conmovido, trata de imponer calma al enfermo y al niño.

ANGELITO, primogénito de MARIO y ROSA; cinco años, alto para su edad, fino, linfático-nervioso, piel de niña, ojos azules de querube, cabello rizado... de angel, preciosísimo, aplicado, bueno... pero «predispuesto» en grado extraordinario.

LEÓN, cuatro años, cabeza enorme (hidrocéfalo no muy acentuado), gibado, ventrudo, piernas de alambre y en arco de violín, impulsivo, perverso, que vive sólo para sufrir y martirizar.

ANGELITO, en tanto, ha caído de rodillas y hunde su cabecita en el borde de la cama, sollozando y besando sin cesar la mano de su padre, á la vez que dice entre sollozos:

ANGELITO

¡Padre mío! ¡Mi padre! ¡Papaíto mío! ¡Papaíto de mi corazón!

Con emoción creciente y desgarradora.

MARIO mira alternativamente á sus dos hijos, á DOÑA NIEVES y al DOCTOR; á los primeros con ternura inmensa; á los últimos con angustia indescriptible.

Abandonada la mano derecha que no suelta ANGELITO, con la izquierda acaricia la hermosa cabecita de éste y le dice:

MARIO

¡Angelito! ¡Hijo mío! Si me voy de viaje, ¿te acordarás mucho de mí?

ANGELITO

Yo me acuerdo siempre de tí, papaíto; pero tú no puedes irte ahora, tú no puedes viajar hasta que mejores y mejore el tiempo.

DOCTOR LEAL

Interviniendo con gran solicitud, como algo sobresaltado y tratando de aprovechar la oportunidad.

Tiene razón Angelito, que discurre como un hombrecito que es. ¡Viajar usted, al fin del otoño, cuando el invierno nos envía sus primeros saludos, que pronto se traducirán en nieves y fríos, de que sólo estamos á cubierto en la propia casa; eso sería temeridad! ¡Ahora, sin antes reponerse un poco, fuera locura impropia de usted, tan sensato siempre y modelo de pacientes! Hay que esperar un poco, mi querido Mario, para bien de usted y tranquilidad de todos.

MARIO

Con angustioso apremio.

Y, sin embargo, yo no puedo esperar, yo no debo esperar; esta quietud es la muerte, y yo no

quiero, no debo morir; es preciso que yo no muera. Mi mujer, mis hijos me necesitan.

Con creciente angustia.

Doctor, yo quiero vivir, y viviré. Un viaje me salvaría, y usted, doctor, que sabe lo bien que me probaría viajar, seguramente que no se opone á ello.

Exaltado.

Mas yo no puedo viajar con mis hijos, con mis queridos hijos, y por eso me despido ahora de ellos; que venga, que venga su madre; que venga mi Rosa de mi alma, y verá usted cómo ella, que me quiere tanto, no se opone á que viajemos. Ella es muy buena, y preparará todo y nos iremos los dos muy lejos, adonde usted diga, y si usted quiere acompañarnos, mejor, aunque yo me siento más fuerte desde que he resuelto viajar, y ya necesito menos de su asistencia.

Todo lo anterior dicho, primero con exaltación creciente, rayana en delirio y luego con visible decaimiento, con voz apagada y que se entienda apenas por el público. El enfermo, mejor dicho, el muriente, no se dará cuenta de que el DOCTOR y DOÑA NIEVES han alejado los niños, es decir, han alejado á ANGELITO, pues á LEÓN, bastó no sujetarle para que saliera huyendo y como preso que recobra la ansiada libertad. Apenas salen los niños, ROSA, que los había visto salir, entra sobresaltada, gritando:

ROSA

¡Qué pasa, Angelito va asustado y llorando!

Mira alternativamente al DOCTOR y á su marido; ve que éste la mira fijamente moviendo los labios, musitando, y sin articular nada inteligible; se lanza rápida y asustadísima, ocupa el lugar que dejó ANGELITO, coge la mano que pende inerte entre los pliegues de la ropa y exclama cual si se rompiera algo en lo más íntimo de su ser.

¡Mario! ¡Mario!

Y al ver que no contesta.

¡Doctor! ¡Doctor! ¿Qué es esto? ¡Mi Mario se muere! ¡Se muere, y sin estar yo á su lado!

DOCTOR LEAL

Con cierta solemnidad.

A su lado está usted, Rosa. Además, yo confío en que esto es pasajero, y hará usted bien en dominarse para no afligirle si se da cuenta todavía.

En tanto el DOCTOR, que tendrá sobre la mesa preparada jeringuilla hipodérmica, pone una inyección al enfermo.

A ROSA, DOÑA NIEVES y PETRA, que habrá entrado al oir los gritos de ROSA.

Como yo temía, la escena con los niños ha sido superior á sus fuerzas; pero no era lícito ni hu-

mano negarle lo que pedía con tanto derecho y tan imperativamente.

ROSA

¡Mario mío!

De rodillas, sollozando, con la mano derecha en la derecha de su marido y la izquierda rodeando la inerte cabeza marfileña.

Al talento del actor quedan el apagamiento de ojos, el afilamiento de la nariz y alargamiento de toda la fisonomía (cara hipocrática), el sudor de la frente, el suspirar entrecortado, la musitación de los labios ya impotentes para nada que no sea respirar levísimamente anunciando el próximo fin, en el más dulce y suave de los modos de morir, el morir casi sin agonía de muchos tísicos crónicos, en que el corazón desfallece y llega á la parálisis, sin que haya medios humanos que puedan conjurar, ni siquiera detener, la prevista catástrofe.

Mientras, ROSA besa apasionada y como loca la frente del moribundo esposo, exclamando tierna y desgarradoramente á la vez:

¡Mario! ¡Mario mío! ¡Mario de mi alma!

DOÑA NIEVES contempla la escena apoyada á los pies de la cama, con mirada mezcla de estupor y sorpresa; PETRA adopta una actitud parecida á la de DOÑA NIEVES y el DOCTOR se aparta unos pasos hacia la mesita en que tiene jeringuilla, etc., y al par que recoge y guar-

da los instrumentos, dice aparte, con acento y actitud de suprema resignación, de admirable estoicismo no exento de pena:

DOCTOR LEAL

¡Todo es inútil! ¡Una víctima más de lo trivialísimo de las costumbres y de lo deficiente de las leyes!

¡Y quiera Dios que podamos salvar á Rosa y Angelito del peligro que tan de cerca les amenaza!

Y mientras se dirige á Rosa como para consolarla, cae el

TELÓN LENTAMENTE

ACTO SEGUNDO

En la consulta del doctor. Son las tres de la tarde. Han pasado tres años de la muerte de Mario.

Despacho del doctor: dos mesas, librerías, *chaise-longue,* vitrina con instrumental médico, botiquín de urgencia, decorado de las paredes serio y de buen gusto (reloj, termómetro, barómetro, almanaque, algún mapa, título, retrato ó cuadro, etc.), sin nota triste alguna. Mampara discretamente colocada para prepararse las señoras al reconocimiento.

El DOCTOR LEAL, sólo y sentado delante de su mesa: aparece JULIÁN el criado.

CRIADO

Señor, gente para la consulta.

DOCTOR LEAL

Que pase el primero.

Aparece el primer enfermo; pequeño, enjuto, cara inteligente, mirada triste, cincuenta años; de movimientos fáciles y como nerviosos y tan atento á las menores palabras é indicaciones del DOCTOR, que se ve por ello que tiene gran cariño á la vida... que se le escapa á pesar de todo.

ENFERMO

Buenas tardes, doctor.

DOCTOR LEAL

Muy buenas, amigo don Antonio, usted siempre el primero, ¿eh?

DON ANTONIO

Serio y como preocupado.

Es que sin duda soy el más necesitado.

DOCTOR LEAL

O el más reflexivo y resuelto á curarse, y así le va, porque usted, á juzgar por el «hábito exterior», que decimos los médicos, está notablemente mejorado.

Se despeja la frente del enfermo, se anima la mirada y éste va cambiando poco á poco hasta aparecer tranquilo y satisfecho.

Tose menos, ¿verdad?

DON ANTONIO

Mucho menos.

DOCTOR LEAL

No se cansa tanto y duerme mejor.

Afirmando, como sabiéndolo.

DON ANTONIO

Efectivamente.

DOCTOR LEAL

Y ¿sigue el poco apetito?

DON ANTONIO

Usted lo ha dicho.

DOCTOR LEAL

En tono de cariñosa reconvención.

Supongo que no se habrá vuelto á pesar á diario, ni á pulsarse y ver la lengua cada hora, ni volverá á visitar más médicos mientras no se le acabe la confianza en éste, ni comprará más folletos que traten de terapéutica antituberculosa, etc., etc.

DON ANTONIO

No, doctor, no; ya sabe que la misma confesión de haberme hecho estudiar por todas las eminencias de la Corte, llegando á consultar cinco médicos en un solo día, y el contar á usted las cien debilidades y tonterías en que me hacía caer el absurdo deseo de curarme pronto, y el seguir, como sigo, al pie de la letra lo que usted me prescribe, son garantía de que si no me he curado de este pícaro mal, me he curado, sí, de preocupaciones y veleidades que, según usted, me han perjudicado tanto.

DOCTOR LEAL

Después de pulsarle atento y mirarle.

¿No tiene usted, pues, nada nuevo que contarme?

DON ANTONIO

No, señor.

DOCTOR LEAL

Pues yo no necesito ver más para saber que esto va por buen camino; que debe insistir en todo lo que estamos haciendo, y que, de no ocurrir otra cosa, no hay para qué venga hasta pasados otros ocho días, y entonces le veré más detenidamente y es casi seguro que le cambiaré de plan.

DON ANTONIO

No dirá usted que soy rebelde ni impaciente; en vista de lo que me dice me voy á tomar el aire «contento de la vida», que es un colmo de disciplina en un enfermo de mis antecedentes y circunstancias.

Da dos duros al DOCTOR, que éste toma con naturalidad y como automáticamente dejándolos en una bandeja y diciendo:

DOCTOR LEAL

Gracias.

DON ANTONIO

A usted, por inspirarme esa confianza á que antes se refería.

Váse.

Entra el segundo enfermo; veinticuatro años; alto, delgado, pero no mucho; mirada seria y como apagada; color cetrino, movimientos lentos que contrastan con los nerviosos y vivos del anterior y manifestando en su atención y en todos los detalles, preocupación y un gran temor á la muerte.

DOCTOR LEAL

Con gran familiaridad.

¿Qué hay, amigo Arturo?

ARTURO

Lo de siempre, que no me siento bien hace unos días; que como, duermo, trabajo y hago todo lo que tengo que hacer; pero sin gana ni gusto y me parece que me canso sin motivo. Luego, eso que usted tanto predica de vida al aire libre y renovación constante del aire en las habitaciones, es sencillamente irrealizable en un modesto oficinista como yo. Los compañeros de despacho se asustan, si abro el balcón alguna vez para que se ventile, y hasta el jefe, que debiera ser más ilustrado, me apercibió el otro día, porque aproveché un rato que me dejaron solo, en renovar aquel aire indecente y asesino que, empobrecido y nauseabundo,

entra y sale cien y mil veces, y á turno que asusta considerar, en los pulmones de los que allí trabajamos por la Administración pública y nuestra ruína orgánica.

Con gran desilusión.

Así que debo estar peor.

DOCTOR LEAL

Con cierta jovialidad.

Veámoslo, don aprensivo.

El enfermo se quita todo de cintura arriba, excepto la camiseta. Irá dejando las prendas en una percha allí *ad hoc.*

Le pulsa, le mira la cara, lengua y conjuntiva, le percute y ausculta, todo ello rápida pero verdaderamente, y después, con semblante tranquilo y aun satisfecho, se encara con el enfermo y le dice en tono un poco humorístico y sin perder el acento de completa sinceridad:

Pues señor, usted me perdonará que se lo diga, pero está usted equivocado de medio á medio.

ARTURO

¿Pues?

DOCTOR LEAL

Que viene usted «dándose tono» de estar peor y hasta justificándolo, y resulta precisamente del reconocimiento todo lo contrario.

ARTURO

Animándose y como iluminándosele el rostro, antes sombrío.

¿De veras que no estoy peor?

DOCTOR LEAL

¿Es que hablo yo nunca en broma cuando me refiero al curso y pronóstico de su mal? ¿O usted va á interpretar la confianza con que le trato, nacida en el afecto especial que le tengo, como falta de seriedad en mis palabras, siendo así que éstas reflejan fielmente el resultado de mi observación y reconocimiento? He dicho

Subrayándolo.

«que está usted mejor» y ahora diré que está usted

Subrayando más.

«notablemente mejor», y se lo probará, además, el hecho de suprimirle la mitad del tratamiento, la parte más molesta: los puntos de termocauterio y las inyecciones á que viene sometido.

ARTURO

¿Y lo demás?

DOCTOR LEAL

Lo demás sigue todo, pues aún no ha llegado el que esté usted para darle el alta.

ARTURO

¿Se ha incomodado usted porque he dicho que me sentía peor?

DOCTOR LEAL

Bien sabe usted que no me incomodo; lo que hago es dolerme de que desconfíe de mis palabras y de que sea víctima de suspicacias, que le perjudican más de lo que piensa.

ARTURO

Bueno, doctor, no hablemos de eso .....

DOCTOR LEAL

¿Pues de qué hemos de hablar sino de lo que más interesa á su curación?

ARTURO

Subrayando á su vez.

De algo que hace mucho tiempo no hablamos y que también interesa á mi curación... y á mi tranquilidad, que usted considera tan importante para aquélla.

DOCTOR LEAL

Fingiendo no comprender.

No acierto.

ARTURO

Usted acierta siempre, hasta cuando aparenta no acertar.

DOCTOR LEAL

Y usted quiere, adulándome, no sólo desagraviarme, si que también explotar el desagravio sacando partido de mi incorregible bondad y de mi afecto, quizá en perjuicio suyo, en perjuicio de una joven á quien no tengo el gusto de conocer, pero cuya salud tengo el deber de procurar; en perjuicio de unos seres por venir y ya con derechos muy respetables, aunque con frecuencia poco respetados, y hasta en perjuicio de mi tranquilidad de conciencia, á todo lo cual atenta usted desconsideradamente, á pesar de ese aspecto de muchacho serio é inteligente, que tan bien le sienta y tan mal se armoniza con lo que ahora pretende.

ARTURO

¡Buen sermón, querido doctor, bueno! Pero...

DOCTOR LEAL

Con afectada seriedad y no queriendo entrar en más explicaciones se levanta, alcanza de un armario un folleto y dice:

No hay más *pero* que éste,

Dándole el folleto.

pues aunque no sea su caso exactamente, ya sabe que le he dicho mil veces que, no siendo usted un tuberculoso, está tan en peligro de serlo que hay «que tratarle como si lo fuera»; no es su caso, re-

pito, pero hay que proceder en armonía con lo que ahí se establece.

Señalando el folleto.

Ahora bien; usted lee despacio y vuelve á leer ese trabajo, que yo hice con gran cariño y pensando sólo en el porvenir de la familia y de la raza (hago patria á mi modo), anota usted dudas ó aclaraciones que se le ocurran, medita con toda tranquilidad y, por supuesto,

Subrayando la frase.

no en colaboración con la presunta futura, sino á solas en su cuarto, y aquí me tiene dispuesto para dentro de un mes, no antes, á que discurramos juntos si se debe ó no aplazar ese bendito matrimonio, que así le hace perder lo más característico de su interesante y simpática personalidad: la reflexión y el amor á la vida.

ARTURO

Leyendo la portada del folleto.

«Tuberculosis y matrimonio».

DOCTOR LEAL

Levantándose como para despedirle.

He ahí un problema que se plantea hoy á usted, ni más ni menos que á mí con harta frecuencia, y que tienen planteado constantemente los gobernantes de todos los pueblos, ya que de su resolu-

ción dependė, en gran parte, el porvenir de los ciudadanos.

Tendiéndole la mano.
ARTURO deja dos duros en la bandeja.

Gracias.

ARTURO

Despidiéndose.

Perdone, doctor, lo mucho que le he molestado hoy, pero yo no podía pasar más sin hablarle de eso...

DOCTOR LEAL

No hay nada que perdonar, sino que recomendar á usted proceda reflexivamente, como deben hacerlo los hombres cultos y responsables de sus actos, no por instinto ni atolondramiento; y no digo más.

ARTURO

Y es bastante, querido y admirado doctor, es bastante.
Hasta dentro de un mes, que vendré á que usted decida lo mejor para mí.

DOCTOR LEAL

¡Adiós!

Sale.
Entran VICTORIA y MERCEDES acompañadas de la madre de la primera.
Estas dos muchachas, tuberculosas poco adelantadas y por ende

curables; ambas, profesoras que dan lecciones particulares; ambas rubias deslustradas, poco enérgicas en sus manifestaciones todas; de claro entendimiento é ingenio despierto; por el hábito de venir á la consulta entran con cierta libertad y son tratadas por el doctor con la familiaridad natural entre personas cultas, discretas y que se profesan mutua estimación y mutua confianza. Las acompaña la madre de la primera: señora insignificante, algo cursi y un si es ó no es ridícula, de una fealdad y ordinariez cómicas, sin dar en chocarreras.

Las dos jóvenes conteniendo á duras penas la risa.

VICTORIA y MERCEDES

A la vez,

¡Querido doctor, muy buenas tardes!

DOCTOR LEAL

Contestando cariñosamente al saludo.

Con venir ustedes ya son buenas para mí, sobre todo viéndolas tan contentas, pues ello me asegura, y sin meterme en reconocimientos, lo bien que va la «flor y nata» de mi consulta. Y perdónenme lo cursi de la frase en gracia á la espontaneidad con que vino á mis labios y á la exactitud con que refleja mi pensamiento.

VICTORIA

No contestamos á esos piropos y lisonjas porque tememos que los agrave, lo contrario que hace con sus enfermos y especialmente con sus enfermas, y además, porque debemos á usted la explicación de nuestra risa, quizá impertinente, pero ya verá que no injustificada.

La madre sonríe bobaliconamente y las dos muchachas se acercan al DOCTOR con animación muy expresiva y como dispuestas á que el médico se interese y ría con su narración.

DOCTOR LEAL

Siendo de ustedes no puede ser impertinente; pero venga la explicación, que ya me interesa.

VICTORIA

Con cómica seriedad que desaparecerá en seguida, según lo requiera la situación.

Aunque parezca á usted mentira, hoy venimos escoltadas, y escoltadas por un gomoso, al parecer más enclenque que nosotras, y tan necesitado de los cuidados de usted como nosotras, por lo menos.

MERCEDES

No exageres.

VICTORIA

Doctor, á Mercedes la ha flechado;

A Mercedes.

pero no me interrumpas, y sigo nuestro cuento, mejor dicho, nuestra historia.

Al bajar del tranvía, en la Puerta del Sol, nos sorprende la inusitada bondad del aludido joven, que espera junto al estribo á que bajemos, y ofrece apoyo á mi madre, con aire tan afectuoso, que sólo puede concebirse recordando el sabio apotegma «al santo, por la peana». Damos las gracias por tan fino proceder, nos contesta con el sombrerazo de ritual, y ya no nos ha dejado hasta «encerrarnos».

Y aquí viene el motivo de nuestra mal reprimida hilaridad, que debíamos explicarle.

Veníamos ya en el ascensor, y hemos visto al «gallardo joven», según el gusto de Mercedes,

Con intención un poco maligna á que MERCEDES corresponde con gestos apropiados de protesta.

hablando con el portero. Es obvio que le preguntará por nosotras y que el portero le dirá «que no vivimos en esta casa», tan sugestiva para un novio repentino; que venimos á la consulta del sabio «tisiólogo»

Subrayando mucho lo de «tisiólogo».

doctor Leal, y que venimos con frecuencia; pero que, en fuerza de venir sin duda, vamos nutrién-

donos y coloreándonos, á lo que se debe quizá ese exitazo, de usted más que nuestro, de traer escolta á la consulta.

Y es de creer que el osado tenorio, si de veras le ha impresionado nuestra todavía mustia hermosura, al caer en la cuenta de que no somos capitalistas vecinas de esta lujosa casa, sino tributarias de la *especialidad tisiológica,* se crea en el caso de averiguar lo contrario que preocupa á los muchachos en tales circunstancias: no «cuál de las dos tiene más» sino «cuál de las dos tiene menos»; golpe de ingenio

Con cómica presunción.

que ha dado al traste con la seriedad de mi madre y Mercedes, aunque á mí me parezca un chiste de escaso valor, según corresponde á lo modestísimo de su origen.

Se ríen todos menos VICTORIA.

DOCTOR LEAL

Dándole palmaditas en el hombro.

¡Muy bien, querida é ingeniosa Victoria; una de las más inteligentes, y seguramente la más ecuánime de mi especialísima clientela!: ¡trabajo, el *mínimum* posible; alimento, el *máximum* y mejor posible; algún tónico y *buen humor,* que es el mejor de los tónicos con que cuenta la Medicina desde el abuelo Hipócrates hasta la fecha.

Ustedes, queridísimas é insignes maestras, en-

señen cuanto puedan á sus niñas y á sus niños, que sean devotos habituales del «buen humor», el mejor de los tónicos difusivos, que decimos los médicos (como que se difunde á familia y á allegados), y á que rinden tributo constante á la santa «ecuanimidad», condición humana tan rara de encontrar, que más parece sobrehumana, pero cuya posesión reporta bienes infinitos á personas y colectividades.

Enfermo ecuánime es, para mí, enfermo con toda clase de derechos á la curación.

Y ahora, cuénteme cada cual lo que traiga digno de ser contado.

VICTORIA

Yo, que sigo sin apetito, y por ello, comiendo como lo hiciera un maniquí dotado de movimientos de deglución.

DOCTOR LEAL

Y de facultades digestivas, puesto que le aprovecha, á juzgar por el aspecto.

VICTORIA

Con cómica seriedad.

No se olvide usted de que me ha sofocado un poco esa aventurilla amorosa.

DOCTOR LEAL

Ese es un juego siempre grato antes de los treinta; ¿verdad, doña Sinforosa?

DOÑA SINFOROSA

Que habrá permanecido como olvidada, pero riendo bobaliconamente, cambia de faz, suspira como podría hacerlo un cabo de gastadores, de modo cómico que se deja al talento de la actriz.

¡Y aunque sea después!

Carcajada general, incluso de la interesada.

VICTORIA

Con muy cómica admiración y reproche.

¡Pero mamá!

DOCTOR LEAL

Algo picarescamente.

¡Muy bien, doña Sinforosa, muy bien! Nosotros, los ya jubilados, nos debemos, ante todo, á la diosa «sinceridad», no menos rara que mi tan recomendada «ecuanimidad».

A Victoria.

Quedamos en que si come usted sin apetito, lo digiere sin molestia, y eso, por el pronto, es lo importante; el apetito será natural y espero que no lejana consecuencia del sacrificio que usted hace ahora engullendo como un maniquí que estuviera dotado de voluntad y reflexión.

Pulsándola.

¡Perfectamente! Si no tiene usted más que de-

cir, no tengo que variar nada de lo establecido hace quince días.

A Mercedes.

Y usted, ¿qué novedades trae ahora?

MERCEDES

En realidad, ninguna; me siento cada vez mejor; creo que me mejoran las inyecciones; cumplo todo lo demás del plan y lo seguiré, si usted no dispone otra cosa.

Vine por acompañar á Victoria, y de paso tener el gusto de saludar á usted.

VICTORIA

Algo picarescamente y como atreviéndose á descubrir un secretillo de amigas.

Doctor, y de oir sus piropos, que la encantan lo que no es decible.

MERCEDES

Avergonzada y no sabiendo cómo salir del apuro.

Doctor, por Dios, no crea á Victoria, que ésta, según va mejorando, va volviéndose insoportable por lo traviesa y maliciosa.

VICTORIA

¿Negarás que me has dicho eso la última vez que vinimos? En cuanto á mi discreción, ya ha

dicho el doctor que es necesario rendir tributo, tanto como á la «ecuanimidad», á la «sinceridad», y yo

Con cómica valentía.

sigo en todo y por todo los consejos del doctor.

Todos ríen de muy buena gana y el DOCTOR más que todos.

DOCTOR LEAL

¡Así, así! simpática Victoria; ahora, á eso de los piropos, he de confesar que, tratándose de ustedes, son justicias más que piropos, y aun podrían ser la confirmación de lo sentado por doña Sinforosa aplicado á mis cincuenta abriles.

En fin, lo cierto es que yo veo á ustedes dos en condiciones magníficas para curarse y... después de esto... ya hablaremos... de las *consecuencias y derivaciones que toda curación de enfermo joven y de méritos suele traer en pos de sí.*

Levantándose, les tiende las manos, que ambas estrechan después de dejar dos duros en la bandeja.

Gracias, aunque tan de sobra las tienen ustedes.

VICTORIA

Las aceptamos para utilizarlas después de la curación.

DOCTOR LEAL

Sonríe y acompaña á las tres hasta la puerta, diciendo á DOÑA SINFOROSA:

¡Adios, doña «Sinceridad»!

Todos ríen y queda solo el DOCTOR. Pasa el SR. DESPI. Treinta y cinco años, moreno, ojos negros y muy vivos, enjuto, bien vestido y atildado; tipo, en fin, de intelectual madrileño, agobiado y derruído por excesos de trabajo y placeres, como tantos otros de la virtuosa clase media.

Saluda respetuoso, pero con efusión, al DOCTOR que le acoge paternalmente. DESPI habla como emocionado ó anheloso.

DESPI

Salud... dispensador... de la... euforia.

DOCTOR LEAL

Extrañado.

¿Qué es eso? ¿Ha subido usted por su cuenta y deprisa?

DESPI

No, señor... He utilizado... el ascensor; pero...

DOCTOR LEAL

Pero, ¿qué?

DESPI

Que antes de subir... me ví en la precisión... de poner cátedra en la portería...

DOCTOR LEAL

Pues lo entiendo menos ahora.

DESPI

Es sencillo... Yo entraba... salían Victoria y Mercedes, mis dos interesantes compañeras;... un hombre bien portado, que resultó... ser luego... un... mequetrefe...

DOCTOR LEAL

No urge. Descanse...

DESPI

No, si ya descansé, cuando le dije lo preciso á ese imbécil. Bajaban, pues, Victoria y Mercedes, entraba yo, y el mequetrefe hablaba con el portero. Y oí este breve diálogo: «¿De modo que no viven aquí?—No, señor. Vienen á la consulta del doctor Leal.—¿Están enfermas?—Si estuvieran buenas, digo yo que no vendrían.—Sí; se lo debí conocer en la cara; está medio tísica. Valiente estupidez tenía yo entre manos».

Dió media vuelta el mozo; acabaron de aparecer en el portal las muchachas, que habían oído el término brutal del diálogo, y con los ojos húmedos, y rojos los semblantes, buscaron la salida

por entre el portero, el mequetrefe y yo. Saludélas; salieron, y quedé frente á frente de aquel ejemplar de egoismo descortés. Y le dije, sin darle tiempo á réplica alguna: «Lo que acaba usted de hacer es indigno de un hombre. La frivolidad cruel de su conducta merece mi desprecio. Y, si fuera pública, lograría el desprecio de la humanidad». Le zarandeaba á todo esto, cogido de las solapas, que parecían grandes orejas puestas allí para eso... — «¡Usted está loco, señor mío!», se atrevió á decir blanco cual un papel... Como tengo los nervios de este modo, le levanté la mano...

DOCTOR LEAL

¡Por Dios, Despi, lo convenido no es eso!

DESPI

Tranquilícese, doctor y amigo, me quedé con la mano en alto, no pasé de ahí. Huyó como... un... conejillo.

DOCTOR LEAL

Pero, ¿y la ecuanimidad?

DESPI

¿La ecuanimidad? La tenía el portero, sentado de espaldas á la calle, enfrascado en la difícil confección de un cigarrillo, y que me dijo al servirme el ascensor: «Nun se incomode, señor, ¡para cuatru días que se vive!... Entre inyeccio-

nes, malus ratus y porcupaciones»... Y aquí estoy.

DOCTOR LEAL

Pues me veo en el trance de dar la razón al portero.

DESPI

Y, ¿por qué no me da la razón á mí y la inyección á él, si es que hay que darle algo?

DOCTOR LEAL

Afectuoso.

No siempre se puede dar la razón á quien la tiene. Hay que evitar la reincidencia. Deme palabra de evitarse las sofocaciones.

DESPI

Por mí, hecho; ¡están tan caros los aeroplanos!

DOCTOR LEAL

Hablemos de usted. ¿Novedades?

DESPI

Ninguna fundamental. Altibajos de esperanza y desesperanza. Ya sabe usted... Un poco de desmoralización de lo moral... Dificultad en el funcionamiento de los epitelios espirituales... y de cuando en cuando... ¡bronca en los bronquios!

DOCTOR LEAL

Advirtiendo.

¡Y en las porterías!

DESPI

No volverá á ocurrir.

DOCTOR LEAL

Pulsa.

Pausa.

Esto va bien.

Por hoy no tengo nada que disponer. Pero aunque disponga mucho, no lograremos absolutamente nada, si usted no se decide á ser egoísta y ponderado.

DESPI

Egoísta ya soy, puesto que vengo á verle, y si usted me ausculta, yo le escucho. Ponderado... Ya quisiera yo serlo; pero me quedaré en ponderativo de su ciencia y de su bondad. ¿Es bastante?

DOCTOR LEAL

Eso es muy ingenioso, y para mí altamente lisonjero; pero yo quiero á usted más rudo, más cuidadoso de sus facultades digestivas y menos exuberante en las mentales.

DESPI

Vamos, más imbécil.

DOCTOR LEAL

¿Y por qué no, si de ello sacamos beneficio? Se lo diré otra vez. No á hacerse imbécil, que á eso, ni á dejar de serlo se llega con la voluntad, sino á bajar algo en categoría social, convirtiéndose de ciudadanos en rústicos, deben no pocos enfermos análogos á usted la curación definitiva.

DESPI

Suspirando y con evidente resignación.

¡Quién pudiera hacerlo!

DOCTOR LEAL

Por de pronto, aun sin hacerlo, va usted á maravilla, que es lo esencial. De lo demás ya hablaremos.

DESPI

Adiós, querido doctor.

DOCTOR LEAL

Despidiéndole en la puerta.

Adiós, queridísimo cliente y amigo.

Entran DOÑA NIEVES y ROSA. Saludan al DOCTOR y se comportan aquélla con vulgar confianza y ésta con simpática familiaridad, siendo acogidas una y otra con igual benevolencia.

¡Querida Rosita! ¡Amiga doña Nieves!

ROSA

¡Querido y venerado doctor!

DOÑA NIEVES

Casi simultáneamente con Rosa.

¡Amigo D. José!

ROSA

Sonriendo.

Vamos á la obligación.

Refúgiase detrás de la mampara para aligerarse de ropa, de cintura arriba y quedar en condiciones acostumbradas de reconocimiento.

DOÑA NIEVES

Confidencialmente, pero que lo oye perfectamente la hija y además con manifiesta alegría.

¡Novio tenemos!

DOCTOR LEAL

¿Sí?

DOÑA NIEVES

¡Y esta vez sí que no me equivoco, como la otra! Sano y fuerte, como usted; bueno y trabajador, como usted.

DOCTOR LEAL

Con seriedad cómica y algo de socarronería.

Muchas gracias, doña Nieves.

DOÑA NIEVES

Pero, es natural, más joven que usted.

DOCTOR LEAL

Como acentuando la seriedad.

¡Pero, señora, eso ya es faltar!

ROSA

Como contrariada.

Y, además, faltar á la verdad; pues no hay nada de lo que dice mi madre. Créame usted, doctor, y no la haga caso.

DOÑA NIEVES

Excitada y dispuesta á ganar en la discusión.

¿Que no me haga caso, como tú no haces á ese pobre D. Salvador, que más bueno que el pan, y, enamorado como un loco, sólo piensa en tu bien y en el de tu hijo, y aún dices que falto á la verdad porque lo cuento al doctor para que él, que sabe tanto de eso de matrimonio...

DOCTOR LEAL

Interrumpiéndola.

Como que estoy soltero.

DOÑA NIEVES

... nos diga si puedes casarte... sin las malas consecuencias de la otra vez?

ROSA

Menos mal, mamá, que ya vas arreglándolo, sobre todo, vas arreglándolo á la medida de tu deseo.

Mientras, el DOCTOR se ríe de muy buena gana como aplaudiendo las franquezas de doña Nieves.

Aparece ROSA con sólo una chambra que permite la auscultación que el DOCTOR realiza «según arte», después de haber pulsado y mirado á ROSA entre serio y malicioso, pero siempre con gran bondad, y terminada la auscultación, le pregunta.

DOCTOR LEAL

¿De apetito?

ROSA

Bien.

DOCTOR LEAL

¿Trabaja usted mucho?

ROSA

Como siempre; las seis horas y media para las cuatro lecciones y tres horas de traducción en casa para la *Revista Pedagógica;* total, nueve horas y media, que algunos días llegan á diez, pero nunca más.

DOCTOR LEAL

Es mucho; debiera usted en eso hacerse socialista y no pasar de las ocho horas... con algunos descansos.

ROSA

¡Pero, doctor, usted olvida que trabajando las diez horas, apenas si puedo cerrar nivelado mi presupuesto!

DOÑA NIEVES

Interrumpiéndola y con gran viveza.

Un motivo más para que no desprecies á don Salvador.

DOCTOR LEAL

Sí,

Subrayando.

que por lo visto salvaría todas esas dificultades, cerrando el presupuesto con un *superavit,* que ya lo querría nuestro Ministro de Hacienda para el presupuesto nacional, y, sobre todo, que salvaría á Rosa y Angelito de los peligros que los amenazan. ¿No es eso, doña Nieves?

Dirigiéndose á ella.

ROSA

Admirada y como alarmada y sin dejar que su madre conteste.

Pero, doctor, ¿se pasa usted al bando de mamá? ¿No ve usted que con sus bromas, que ella juzga «veras», porque halagan su egoísmo de madre, más cariñosa que reflexiva, empeora mi situación de hija terca y casi indisciplinada?

DOCTOR LEAL

Insinuante y casi serio.

¿Y quién dice á usted, querida Rosita, que yo hable en broma?

Rosa habrá terminado de vestirse y se sienta.

Pero acabemos lo clínico y luego abordaremos lo familiar, que eso no puede quedar así.

¿Cómo soporta usted esas pícaras diez horas de trabajo?

ROSA

Bastante bien.

DOCTOR LEAL

Esto es; un poco fatigada, ¿verdad?

ROSA

Con resignación.

No lo niego.

La madre se remueve en la silla y hace gestos de disgusto y de protesta por esa resignación.

DOCTOR LEAL

Lleva usted un mes sin tratamiento médico, y será prudente que se ayude con un tónico.

Alcanzando papel, extiende la receta, que le entrega.

ROSA

A su madre mostrándole la receta.

¿Ves cómo estoy más para recetas que para casorios?

DOÑA NIEVES

Sin dejarse convencer.

¿Y si el doctor te recetase el que te casaras?

ROSA

¿Has olvidado que el doctor fué precisamente el único que se opuso la otra vez?

DOÑA NIEVES

¡Buena diferencia de hombre á hombre!

Al DOCTOR LEAL.

Quisiera que le conociese usted, doctor, acaso entonces... cambiase de receta.

ROSA

¡Pero mamá, hoy estás insoportable! ¡Paz á los muertos y no ofuscarse ante las ardientes promesas de los vivos!

CRIADO

Desde fuera.

¡Señor!

DOCTOR LEAL

Pasa.

Presenta la bandeja el CRIADO, de la que el DOCTOR coge dos tarjetas que lee.
Al CRIADO.

¿Están solos en la sala?

CRIADO

Sí, señor.

DOCTOR LEAL

Pues acompaña á estas señoras al gabinete y los haces pasar en seguida.

CRIADO

Esperando.

Está bien, señor.

DOCTOR LEAL

A ROSA, con marcado interés y gran curiosidad.

Me van ustedes á permitir esperar ahí unos minutos, pues mi conferencia con esos dos caballeros ha de ser breve.

ROSA

Pero nosotras nos vamos, que harto hemos molestado á usted ya.

DOCTOR LEAL

En tono de festiva reconvención.

¡Cómo, irse á lo mejor de la consulta? ¡Eso es querer escaparse aprovechando el primer incidente, para eludir explicaciones que yo necesito, so pena de que me pase en serio y por completo al bando de su señora madre!

DOÑA NIEVES hace gestos de aprobación y contento por la actitud del doctor.

ROSA

No, doctor, no, aguardaremos lo que sea preciso; no tenga prisa por nosotras; pero yo hablaba de irnos porque temía molestarle, pues sé lo que vale su tiempo, por lo tasado que usted le tiene, aunque no por lo que me cuesta.

Aludiendo agradecida á los honorarios que el doctor no le permite pagar, por lo visto.

DOCTOR LEAL

Poniéndose serio.

¡Alto ahí, ó me incomodo de veras!

ROSA

¡Perdón! Doctor, usted siempre tiene razón y hace lo que quiere.

Salen madre é hija quedando sólo el DOCTOR con las tarjetas en la mano y leyendo una con aire apropiado de quien relaciona hechos recientes de importancia.

DOCTOR LEAL

«Salvador Villalta»; no le conozco; pero Salvador se llama el pretendiente de Rosa; debe ser el mismo.

Con convicción.

Aparecen en la puerta los dos caballeros.

Con agrado.

¡Adelante, señores!

DOCTOR BLANCO, treinta años, fino, inteligente y simpático, lleno de cariño y respeto para el maestro.

D. SALVADOR, treinta y seis años, sano, fuerte, pletórico como el doctor Leal, decidido, soltero, periodista, cultísimo, alma de poeta, corazón de oro, progresivo en la máxima amplitud del concepto y amigo íntimo del doctor Blanco.

DOCTOR BLANCO

Con efusión.

¿Querido maestro!

DOCTOR LEAL

Con igual tono.

¡Querido Félix!

DOCTOR BLANCO

Usted, magníficamente, como de costumbre, y trabajando.

DOCTOR LEAL

Con naturalidad.

Todas las horas del día nada más.

DOCTOR BLANCO

Con igual naturalidad.

También como de costumbre.

Presentando á su amigo.

Salvador Villalta, mi mejor amigo, casi mi hermano.

Ya comprenderá usted por el «hábito exterior» de mi acompañante que no le traigo un enfermo.

Señalándole.

DOCTOR LEAL

Un enfermo perdería en el cambio de usted á mí.

DOCTOR BLANCO

Eso, en boca del más sabio de los maestros, es una ejecutoria que honra y beneficia sobremanera al más humilde de los discípulos.

DOCTOR LEAL

Discípulo que con su presencia me recuerda sus bondades aún no extinguidas, según lo que me dice, y años pasados de vida médica y social, siempre mejores que los actuales (siempre lo pasado fué mejor); pero no hablemos de nosotros, hablemos de este caballero, que, viniendo con usted, ya viene á su casa, siendo su íntimo amigo, ya lo es mío, pudiendo como tal mandarme, se-

guro de que haré por complacerle y servirle, lo que haría por servir y complacer

Con jovialidad y cariño.

al mismísimo doctor Blanco, modelo de discípulos, de amigos y de compañeros.

DOCTOR BLANCO

Ya sabía yo cómo había de recibirnos mi querido don José, y no he de incurrir en la trivialidad de darle por ello las gracias. Pues bien; Salvador Villalta, que por su amistad conmigo conocía la muestra, me ha pedido con todo encarecimiento que le acompañe ante usted y le presente, como lo hago, respondiendo de su discreción y lealtad, adelantando que este mi fraternal amigo, tiene, usted lo verá pronto,

Con cierto gracejo.

ciertos «ribetes» de médico y de boticario para un caso especialísimo de su clientela.

Ahora, con su permiso, dejo á él la palabra, y yo asisto á la consulta, como tantas veces de «aquel buen tiempo pasado», en calidad de oyente.

SALVADOR

Mi admirado doctor; dedicándose usted, como se dedica hace tantos años, á cuidar tuberculosos, y habiendo hecho de la especialidad un culto, habrá usted recibido, de fijo, las consultas más raras, y á veces más peligrosas, relacionadas

con el modo de ser de esa enfermedad especialísima, su pronóstico, peligros para las familias, etc.; pero acaso no se le hayan presentado muchas consultas como la que en seguida le haré, para obtener su autorizado dictamen.

Perdone, querido doctor, si hay algo de impertinencia, desde luego involuntaria, en lo que voy á decirle.

Corta pausa.

El oficio de periodista lleva como inseparable la obligación de leer de todo y discurrir acerca de todo, y entre ello muchas veces y con preferencia, de leer Medicina, y tras de leerla, discurrirla é interpretarla.

No es extraño, pues, que los grandes problemas de la Medicina actual, «tuberculosis», «avariosis» y «cáncer», nos sean á los periodistas, aunque superficialmente, conocidos y familiares, y, por lo que á mí respecta, puedo asegurarle que nada me atrae y aun sugestiona tanto, como un tema médico, y por añadidura transcendente para la familia, la sociedad ó la raza.

Habrá usted, pues, de perdonarme que, hablándole de «tuberculosis», como necesito hacerlo, me exprese en forma que parezca invadir el terreno que le es tan propio, y hasta profanarlo con mi «media cultura», que, *à fortiori,* ha de contrastar con la suya, tan completa y reconocida.

Ligera inclinación entre cortés y de agradecimiento por parte del DOCTOR LEAL, que no oculta el gusto con que oye á SALVADOR.

Antes de entrar en materia quiero que conste el interés absolutamente egoísta en que me inspiro al dar este paso, en nada relacionado con el bien general á que antes aludí.

Acentuando la solemnidad.

Se trata única y exclusivamente del bien mío, siquiera de éste pueda y hasta deba derivarse el bien de otras personas. La semilla del bien es siempre prolífica, aunque no tanto, desgraciadamente, como la del mal.

He aquí mi caso:

Doctor, no me importa confesar, expresándome con una franqueza que me parece perfectamente viril, siquiera espíritus poco elevados la calificaran de aniñada, no me importa confesar, decía,

Con energía.

que estoy profundamente enamorado, y lo estoy de una mujer que se me antoja la única capaz de conocerme y hacer mi felicidad de por vida.

Pero esa mujer, á la que tengo la pretensión de no serle indiferente, se muestra, no obstante, esquiva y aun opuesta á mis deseos, so pretexto de un estado de salud y unos precedentes que usted es el único en conocer por entero y mejor que la propia interesada.

Dicho lo anterior, ya comprenderá usted, en lo esencial, el objeto de mi visita; sin embargo, seguiré explicándome, y si me lo permite, me explicaré «en médico», seguro de que usted, bonda-

doso de veras, perdonará alguna herejía que se me escape.

Parece que Rosa, que tal es el nombre de la mujer que amo, y con eso ya sabe usted de quién se trata,

El DOCTOR sonríe muy expresivamente como diciendo «ya sospechaba yo que se trataba de Rosa».

fué desde su infancia, por lo blanca y esbelta, más azucena que rosa; de energías físicas muy limitadas, que contrastaban con lo precoz de su inteligencia y con sus energías morales, que la permitieron arrostrar situaciones difíciles, de las que salió lo gallardamente que puede salir un sér de su delicada condición.

Casada y castigada por la naturaleza con una fecundidad que pudiéramos llamar morbosa, quebrantóse más y más su endeble organismo, que resistió, no obstante, el alumbramiento de tres hijos, de los que dos murieron tuberculosos, como murió el marido tras una lucha titánica con ese terrible mal, que en él revistió forma lentísima sobrellevada por el enfermo y su natural enfermera, la angelical Rosa, con heroismos inenarrables, por usted presenciados y en cierto modo compartidos.

DOCTOR LEAL

Con modesta naturalidad.

Me limité á cumplir estrictamente con mi deber y á admirar cómo cumplían el suyo, harto más penoso y difícil, mis queridos y heroicos clientes.

SALVADOR

Conocedor de sus bondades, por lo que cuenta la fama, no me sorprende ni admira esa sencilla justificación de la meritísima conducta que usted, cuanto más modestamente la explica, más la enaltece y avalora.

El DOCTOR hace gestos que dan idea de una verdadera modestia y de que desea que Salvador no aluda más á su conducta, que él considera naturalísima é ineludible, y que siga adelante.

Perdóneme la alusión á usted que me era obligada y la apreciación, que me era lícita, cuando menos, y atienda á lo que me resta decirle, que es lo más interesante y, además, lo único que usted no conoce.

El DOCTOR asiente y muestra creciente interés.

Muerto el marido de Rosa y muerto á poco un hijo, quedóle otro, reflejo fiel de sus padres por lo vulnerable en cuanto á lo físico, por lo bueno, inteligente y laborioso en cuanto á sus condiciones, y quedóse ella harto quebrantada por la tremenda lucha que había sostenido.

Quedóse, además, sin otros recursos para sí, su madre y su hijo, que sus estimables aptitudes, sus tan combatidas energías y el lastre enorme y abrumador de unos amarguísimos recuerdos, que necesitaría ocultar para que no le fueran grave impedimenta en su lucha por la vida.

Lanzóse Rosa de nuevo, como en sus tiempos de soltera y primeros de casada, á la práctica del magisterio, que si es en todo caso penoso sacerdocio, lo es más practicado á domicilio, por sumarse al trabajo intelectual y moral la fatiga física, lo que impone un consumo de fuerzas superior al disponible por Rosa, que, dotada de limitado vigor, vese precisada á derrocharlo para responder á lo que demandan su dignidad y su cariño.

En estas circunstancias he conocido yo á esta mujer singular, en la que no se sabe qué hay de más admirable, si las gracias físicas, la claridad y elevación de sus ideas, la nobleza de sus pensamientos, ó la seriedad de su conducta, que, como inspirada en tan sano pensar y hondo sentir, ha de revelarse en un discretísimo é intachable proceder del que en cierto modo podemos ufanarnos cuantos la tratamos y queremos.

No es preciso que me detenga en la sumaria exposición de sus méritos y virtudes, que usted conoce y sabe estimar como nadie, pero sí necesito poner de relieve, ya que excede á toda ponderación, el modo de entender Rosa su actual situación en la sociedad y en la familia, especialmente en lo que respecta á un nuevo cambio de estado.

Considérase ella descartada de semejantes posibilidades y destinada de por vida al solo cuidado y porvenir de su Angelito, el que, por otra parte, corresponde á la heroica viuda con una

pasión filial y unas exquisiteces en el modo de manifestárselo, que producen en ella legítima ilusión, pero ilusión, al fin, de que, siendo el uno para el otro, han de bastarse mutuamente en lo presente y en lo futuro.

Parecerá crueldad desengañar á Rosa de lo peligroso de tales ilusiones, pero esa crueldad me ha parecido saludable para ella y su hijo, ya que el porvenir de ambos estriba en que acepten la vida como es, y no como ellos la imaginan, cándidamente engañados por la nobleza de sus almas gemelas verdaderamente angelicales.

Rosa, por tener á su hijo en un colegio superior á los recursos de que buenamente dispone, trabaja con ahinco febril, y busca en el exceso de su mal remunerada labor, el rendimiento suficiente para atender con lujo á su Angelito; para atender con lo suficiente á su anciana madre y con lo estrictamente preciso á las más perentorias é ineludibles necesidades de su propia persona.

Angelito, que precoz é inteligentísimo como niño tuberculizable si no es ya tuberculoso, ve y comprende lo que hace la madre adorada, esfuérzase á su vez por corresponder á sacrificio tanto con creciente aplicación, que le coloca en el primer lugar de las clases, consiguiendo siempre los primeros premios. Mas esa aplicación, lanzándole por una pendiente peligrosa de desequilibrio por excesos funcionales de cerebro y abandono del músculo, le convierten en un «niño-hombre», todo inteligencia, todo bondad... y todo falta de ener-

gías y arrestos juveniles tan necesarios para llegar á la edad viril, con la robustez tan indispensable á la salud y á la vida.

Y así sucede que madre é hijo, sin darse cuenta, y ambos inspirados en el más santo de los móviles, se estimulan recíprocamente y

Subrayando mucho.

recíprocamente se perjudican con inminente peligro de despeñarse desde la debilidad, que es de antiguo el sello de sus naturalezas hermanas, á la terrible tuberculosis, que parece ser el destino obligado de las mismas, si pronto no se pone un dique á los impulsos á que obedecen noble, pero ciegamente, Rosa y Angelito, viviendo el uno para el otro con la intención, pero sacrificándose mutua y estérilmente, en realidad.

Y aquí, y ya era hora de llegar al *clou* de mi visita, es donde considero un deber, por el cariño que siento por la madre, y del que no excluyo á la infeliz criatura, y un derecho, el derecho de hacer bien que todos tenemos, de intervenir en la vida de Rosa: primero, para evitar una catástrofe más en esa casa, salvando á la madre y al hijo de la tuberculosis, y después, para hacerlos felices si, como presumo, está en mi mano conseguirlo.

Ahora bien, como yo en mi calidad de soltero y no viejo, y según las prácticas y convencionalismos sociales, no puedo y hasta no debo ofrecer apoyo material ni moral á una joven como Rosa, viuda y no fea, sin ser su hermano ó su marido,

es claro que no pudiendo ser lo primero y siéndome gratísimo lo segundo, á ello he de aspirar y con todas sus naturales consecuencias.

Ya sé que usted está pensando, y perdóneme que haga en este momento de adivino, «que es mala manera de ayudar á organismo como el de Rosa, que en sus primeras nupcias quedó casi agotado, imponerle unas segundas con la probabilidad de que éstas completen la catástrofe iniciada por las primeras».

Conste, pues, que he pensado también en ese aspecto del problema y que no me parece insoluble; pero no he de seguir sin escuchar antes su opinión autorizadísima, ni he de hacer punto sin rogarle, aunque sea superfluo, que haga lo mucho que puede en obsequio y beneficio de esa infeliz y santa mujer y vea si hay medio de que, como amigos de su dicha y bienestar, le ayudemos todos en cuanto nos sea posible.

DOCTOR LEAL

Mis queridos amigos, pues como á tales he de tratar á ustedes, en el arduo asunto que á todos nos interesa, desde nuestro respectivo punto de vista: yo les aseguro que con preocuparme hondamente mis clientes todos, y de un modo especial mis clientes tuberculosos, acaso no haya quien me preocupe en el grado de Rosa, esa angelical criatura que ha traído usted por esta su casa.

Conociéndola y queriéndola desde muy niña y

amigo de su familia, como lo soy de las que visito y en las que reconozco la bondad como línea saliente, no creo cometer indiscreción confesando, ante amigos suyos y míos tan honorables como ustedes, que me opuse, lo que puede oponerse un médico, al primer matrimonio de esa virtuosísima mujer, que tan cara ha pagado su propia inexperiencia y la condición trivial de su madre.

Cuando yo escuchaba á usted, amigo don Salvador, hace un momento, lamentar lo que llama obstinación de su juicio, recordaba lo que porfié con la madre hace diez años, por carecer la buena señora de juicio merecedor de tal nombre, y porque en no formarlo es en lo que precisamente manifestaba su obstinación.

Contraste curiosísimo el que ofrecen madre é hija; la primera por su atolondramiento, y la segunda por su prudencia, reflexión y deseo de acertar en que siempre se inspira.

Con verdadera satisfacción mezclada de cierta sorpresa, que usted comprenderá, le he oído discurrir tan atinadamente como pudiera hacerlo el más versado de los profesionales de la higiene y de la tisiología y no tendría reparo en suscribir las afirmaciones esenciales sentadas por usted en su brillante exposición. Pero ha terminado ésta de una manera, señor mío, que el interés de Rosa y aun el de usted mismo, armónicos con lo que manda la ciencia, me obligan á contestarle con reservas mentales cuya interpretación dejo á su buen juicio y al de mi querido compañero Blanco.

SALVADOR

Movimiento de impaciencia mal contenido.

Pero doctor...

DOCTOR LEAL

Indicando calma, con la mano.

No discuto las apreciaciones de usted respecto de cómo Rosa y su hijo, inútil y mutuamente, se perjudican á fuerza de quererse; ni discuto, puesto que es tan evidente como eso, el recto proceder de usted, cual corresponde á elevado pensar y hondo sentir que enaltecen por igual á usted y á quien ha sabido inspirárselos; pero de ahí á sumar mis esfuerzos á sus esfuerzos, interponiendo lo que llama mi «valiosa influencia», para que Rosa cambie de pensamiento y decisión, he de confesarles, mis buenos amigos, que hay todavía una distancia considerable que dudo podamos recorrer juntos, ya que ello supondría mortificaciones y sacrificios por ambas partes, tal vez incompatibles con el tierno afecto y legítimas aspiraciones de usted y de Rosa.

SALVADOR

Querido doctor, creo haberle entendido por completo, y cuando hace poco anunciaba yo que no se me ocultaban «ciertas dificultades», era porque presentía las obligadas restricciones á que usted alude y que para mí ni son una sorpresa ni representan un obstáculo insuperable. Aún

diré más: con todo mi amor á Rosa y cariño por su hijo, he de confesar, y eso en absoluta reserva y rogando que ella no lo sospeche jamás, que supera en algo á las vehemencias de lo que pueda ofrecerme en todos los órdenes el cambio de estado á que aspiro, el deseo, más vehemente aún, de hacer beneficio á Rosa. Y es ello hasta el punto de que sólo aceptaré por legítimas satisfacciones derivadas de mi matrimonio, aquellas que no mermen en lo más mínimo la salud, el contento y la tranquilidad de esa mujer adorable.

DOCTOR LEAL

Semejante actitud, que tanto le honra, me contenta y satisface por lo que puede facilitar la solución del problema de ese matrimonio, dado caso de que se me llegue á plantear *en forma y por quien únicamente puede plantearlo.*

Movimiento de extrañeza en SALVADOR.

Y perdone que, llegado este punto, haya de proceder respecto de usted con la franqueza un tanto ruda, es verdad, pero saludable y necesaria, con que suelo proceder aun en casos menos graves y complejos que el presente.

SALVADOR

Levantándose un poco bruscamente.

Luego, doctor, si no considera usted planteado ese problema *por mí* con lo aquí expuesto, ¿sería

usted tan amable que me dijera qué importancia concede á mis francas manifestaciones *y á quién concede usted personalidad suficiente para plantearlo?*

DOCTOR LEAL

Plantearlo, señor mío, corresponde únicamente á Rosa, y le corresponde por su sexo y por su condición de cliente confiada á mi capacidad y á mi discreción, estimadas por ella, sin duda, en más de lo que valen. En cuanto á las nobles y para usted honrosísimas manifestaciones que aquí ha hecho y que yo escuché, de veras encantado... son sencillamente *datos útiles* y que pueden servirme para juzgar y dictaminar con conocimiento suficiente, en el caso de que, como dije antes, se me plantee el problema por quien únicamente puede y debe hacerlo.

Pero Rosa está aquí con su madre; he interrumpido su consulta para recibir á ustedes; tengo confianza con ellas para eso, y me importaba hacer el debido honor á este querido compañero

Echándole el brazo por el hombro.

y á quien él acompañaba; tal vez conviniera que esperasen ustedes á que terminara mi sesión con esas señoras; quién sabe si ellas, Rosa especialmente, me consultarán el caso, y eso me autorizaría á ser más explícito con el Sr. Villalta.

Insinuante y como dándose cuenta de lo algo mortificado que éste puede estar.

SALVADOR

Un poco contrariado.

¿Y no será abusar de sus bondades ocuparle más tiempo sobre lo mucho que le hemos entretenido?

Mirando á maestro y discípulo en son de consulta.

DOCTOR LEAL

A SALVADOR.

Usted está en su casa; mi proposición es absolutamente sincera y con ánimo de que sea aceptada...

FÉLIX

A SALVADOR.

Esperemos;

Al DOCTOR con ademán de llevarse á su amigo.

esperaremos en la sala lo que sea preciso.

Con expresión muy marcada.

Maestro, no pasan días por usted.

DOCTOR LEAL

Con naturalidad.

Pasan años, querido Blanco.

Salen SALVADOR y FÉLIX.
Sólo y monologando, frotándose las manos entre pensativo y satisfecho.

Pues señor, he aquí un caso notable entre los notables de la especialidad, y aunque ya voy sien-

do viejo, y la clientela, la familia y la sociedad me pueden presentar pocas novedades, la verdad es que el novio de Rosita no es tipo vulgar y corriente, y sus modos de sentir, pensar y querer, menos corrientes todavía; todo lo cual hace el caso más interesante, si ya no lo fuera, por ser Rosita la causa de este problema médico-social.

No quiero apurar las consecuencias de lo que vengo observando desde mi juventud y que tal vez ha influído poderosamente en la dirección de mi vida profesional; no quiero atribuir superioridad psíquica y afectiva al tuberculoso sobre el tipo contrario, del cual soy ejemplar nada corriente; pero es lo cierto, que entre los miles de tuberculosos que llevo asistidos, es precisamente donde encuentra mi memoria los tipos más notables por su perspicacia, exquisitez afectiva y energía de voluntad.

Y que de esta superioridad, más sentida que explicada, emana algo que sugestiona y tiraniza á seres físicamente mejor constituídos, lo demuestran los recuerdos mil de mi vida médica.

¿Quién, sino una tuberculosa ó tuberculizable, es capaz de inspirar á hombre del temple del que acaba de irse, una pasión tan avasalladora, que le llevaría, si necesario fuese, á los mayores sacrificios, sin otra aspiración que el orgullo de que *ella* supiera lo que él la quiere y cómo la quiere?

Hace sonar el timbre y se presenta el criado.

Que pasen doña Rosa y su madre.

Entran madre é hija.

Sentado, indicando á Rosa y su madre que se sienten y en actitud como quien va á contar un «buen cuento».

¡Bueno! Pues la diosa casualidad que, pese á todo y á todos, gobierna el mundo, me proporciona la ocasión de contar á ustedes algo por demás interesante, y que, callando nombres y lugares, como es de ley en un médico, merece conocerse.

En la cara de Rosa se lee una grandísima atención y como si se le hubiesen borrado de la memoria los incidentes de su última escena con el doctor.

El doctor contará los hechos con gran pausa, indiferente á veces y otras mirando fijamente á Rosa y hasta subrayando aquellas frases que más lo merecen.

Es el caso, que mi antiguo ayudante y amigo Félix, que ustedes conocen, se me presenta con un caballero, gran amigo suyo, que solicita noticias de cierta distinguidísima cliente, de la cual se halla tan profundamente enamorado, á lo que dice, que, aun suponiendo desfavorables mis informes, en vez de desistir de sus proyectos, solicitará mi consejo é intervención para llegar al matrimonio y que éste no perjudique á la salud de mi cliente, objeto de sus amores.

En una palabra, señoras mías, que si la ciencia no se opone *en absoluto* á esa unión, sino *relati-*

vamente, y ella, la joven de que se trata, tampoco se opone, él, enamoradísimo, acepta cuantas condiciones le señale esa ciencia, para convertirse en marido de la que hoy es tan sólo apasionado admirador.

Pausa intencionada del DOCTOR que mira á ROSA muy fijamente.

ROSA

Admirada primero y luego conmovida.

¡Doctor! ¡Qué felicidad, inspirar una pasión tan honda y vehemente, que todo lo allana y facilita! ¡Envidiable situación la de esa mujer, dichosa como la que más, pues habrá que convenir en que matrimonio formado sobre la base de una pasión tan verdadera, por fuerza ha de ser para ambos, marido y mujer, fuente de venturas y prosperidades!

Con creciente emoción y encantadora ingenuidad.

Querido doctor, felicite usted á esa su afortunada cliente en nombre de otra que ha sido tan poco afortunada!

Con calor y aun vehemencia.

Y yo aseguro á usted, con toda sinceridad, que si algún día tuviese la fortuna de inspirar un amor como ese que usted nos acaba de pintar, sentido por un tan noble caballero como ese lo es,

sin duda, autorizándolo usted por supuesto, acaso me atrevería á reincidir.

Haciendo ademán de levantarse para irse, ademán que contiene el DOCTOR con otro suyo opuesto á que se vayan.

DOCTOR LEAL

Subrayando mucho.

¡Con que autorizándolo yo se atrevería á reincidir! ¡Muy bien!

ROSA

Todavía sin darse cuenta de la situación.

¡Claro, que cumplidas todas las demás condicionales sentadas!

DOCTOR LEAL

Con gran calma y como iniciando levantar ya el velo en que ha envuelto sus palabras anteriores.

¡Por supuesto que cumpliéndose todas las demás condicionales por mí sentadas y cumpliéndose al pie de la letra,

Con calma creciente y como gozándose en la especial situación de todos.

pero así y todo no sé yo, querida Rosita, si usted ha medido, no diré la gravedad, pero sí la transcendencia de sus palabras y afirmaciones, afirma-

ciones y palabras que yo pudiera repetirle como un fonógrafo en momento determinado y si así lo exigieran la veleidad de usted ó *lo serio y comprometido de las circunstancias:*

Lo último muy subrayado.

ROSA

Alarmada, con alarma cada vez mayor y como si temiera haber sido indiscreta ó no haberse expresado apropiadamente. Todo ello y demás que queda en esta escena, se recomienda muy especialmente al talento de la actriz.

¡Pero doctor, yo no dije nada, que no respondiera lealmente á sus referencias del caso peregrino de su práctica y á mis íntimos pensamientos, sentando una hipótesis que me pareció natural y lógica, pero no lo transcendente y grave que me hace sospechar sus para mí incomprensibles advertencias, hechas en un tono en que jamás le he oído expresarse.

DOCTOR LEAL

Porque jamás, como hoy, me hizo usted responsable de su porvenir y el de su Angelito, dejándolos ambos y siquiera sea en hipótesis, á merced de mis consejos.

ROSA

Como tranquilizándose.

¿Qué menos puedo hacer, amigo D. José, tras lo mucho sufrido antes por desatender sus con-

sejos y en vista del noble y constante interés que muestra por nosotros y que le convierte en guía único y sabio inspirador de mis más importantes determinaciones?

DOCTOR LEAL

A ROSA y muy acentuadamente.

Todo eso está bien, aunque algo exagerado lo que á mí se refiere, pero no estamos en el caso de regatear méritos, si los tiene, á mi naturalísima intervención de médico que se interesa por el bien de sus clientes, que son como la prolongación de su propia familia.

Con solemnidad algo cómica.

Lo que yo quisiera saber ahora es si se halla dispuesta á perdonarme una emboscada que he tramado contra usted y los suyos en este momento, cuando acabo de hablar con dos caballeros, uno de los cuales pudiera serle algo conocido.

DOÑA NIEVES, que parece haberlo adivinado todo, no oculta en su semblante el contento que la invade por el giro que van tomando las cosas, y Rosa, que empieza á sospechar quiénes son los caballeros aludidos, quiere protestar de la emboscada, pero no acierta con la forma y lo hace vacilando, tímidamente..., sin ocultar la confusión... é indefensión en que se halla.

ROSA

Pero, doctor, por Dios...

DOCTOR LEAL

Con su acostumbrada cómica solemnidad.

Nada, presentaré á usted mis «cómplices»,

Tocando un timbre muy seguidamente y como si así lo tuviera convenido.

no sin antes darle, queridísima Rosita, *mi cordial y franca enhorabuena.*

Aparecen SALVADOR y el doctor BLANCO; el primero con cara radiante de satisfacción y el segundo también como satisfecho de colaborar con éxito á la felicidad de su amigo. DOÑA NIEVES no oculta su alegría, expresada algo bobaliconamente, mientras que ROSA, como avergonzada y sin atreverse á levantar los ojos desde la aparición de SALVADOR y BLANCO, se acerca al DOCTOR (á su izquierda), cual si uscase en él amparo y ayuda en aquella situación apurada y embarazosa. SALVADOR y BLANCO, que se habrán acercado también, quedan á la derecha del DOCTOR. DOÑA NIEVES habrá quedado en segundo término y á la izquierda de su hija.

DOCTOR LEAL

Con entonación realmente solemne y ademanes llenos de dignidad y no exentos de cariño.

Amigos míos, puesto que habéis buscado en la ciencia el visto bueno á vuestra recíproca estima-

ción y mutuo cariño, yo, sacerdote humilde de esa ciencia, que cultivo con amor verdaderamente místico, doy ese visto bueno á vuestra unión, que si de momento sólo debe produciros morales satisfacciones, confío en que han de ser éstas de tal modo beneficiosas para los dos, que no se tardará en que vuestro matrimonio, como los mejor concertados, os proporcione toda suerte de felicidades.

Y con este dictamen y buenos augurios del DOCTOR, con no disimulada satisfacción de DOÑA NIEVES, gratísima expresión de contento del DOCTOR BLANCO, grandísimo regocijo de SALVADOR y apacible tranquilidad y satisfacción, ni ruidosa ni oculta, de ROSA, debe resultar un hermoso cuadro, del que emanen el bien y la verdad.

TELÓN

ACTO TERCERO

Han pasado veinticinco años.

Salón lujoso en casa de SALVADOR, que celebra sus bodas de plata con una comida de familia á que asisten ANGELITO (fuerte y saludable), LUISA su mujer, PEPITO, hijo de ambos cuyo nombre lo es en recuerdo del doctor; FERNANDO y MARÍA (hijos de SALVADOR y ROSA), ya casados también con JUANA y TOMÁS, respectivamente; RAFAELÍN y PURITA, hijos de FERNANDO y JUANA; CARMINA y ANTOÑITO, hijos de MARÍA y TOMÁS.

La edad de los niños oscilando entre cinco y dos años; el mayor, naturalmente, PEPITO.

DOÑA NIEVES, viejísima y chocha por los nietos.

El DOCTOR ya retirado, pero, aunque viejo, con energías y lucidez sobradas para hacer buen papel en las «cosas de su oficio», como él dice.

CRIADOS PRIMERO y SEGUNDO limpiando con paño y plumero muebles y adornos, hablando de sus amos y comentando la comida del día.

CRIADO PRIMERO (Más viejo).

Pues señor, hoy va todo atropellado y al revés. Es la una de la tarde

Mirando el reloj del salón.

y no habíamos entrado por aquí á dar un vistazo

siquiera. Y es que en este día todos somos pocos para atender á cocina y comedor, al arreglo de una comida de dieciséis personas, de distintas edades, aunque de iguales categorías, amén de nosotros, Ramoncillo, que, si ocupamos categoría inferior, no es precisamente cuando llega la hora de reponer las fuerzas.

Ramón atiende embobado y sin limpiar.

Tú, Ramoncillo, eres nuevo en la casa, y no sospechas que has caído entre gentes que no se parecen á las demás.

Yo, desde chico, tengo un carácter que me hace feliz, considerando que lo mío es siempre lo mejor; así mis amos me parecen superiores á otros amos y los sirvo hasta orgulloso de hacerlo. Pero has de saber que de estos amos se cuentan cosas muy raras, aunque buenas todas ellas.

La señora estuvo casada primero con un señor tísico y tuvo niños enfermizos, de los que sólo quedó el señorito Angel, y hasta se dice que la señora se contagió del mal de su marido.

Después, el señor se enamoró locamente de ella y le costó mucho trabajo decidirla á casarse. Y es que fué tan desgraciada en el primero, que temería un nuevo calvario en el segundo matrimonio.

Pero el señor, que fué siempre hombre de talento, tuvo la gran idea de que interviniese en el asunto nada menos que el doctor Leal, ese santo varón que, siendo medio hereje como se dice de muchos médicos, ocupará un sitio en el almana-

que, por lo bondadoso que fué en los cincuenta años que vivió para sus enfermos.

Y ahora verás lo que puede un médico con las familias que tiene á su cuidado:

Apenas el doctor Leal intervino, todo fué facilidades y el matrimonio se consumó, no sólo con el visto bueno del doctor, que lo había negado para el matrimonio primero, si que también con su presencia, comentándose mucho entre parientes y amigos que se opusiera el doctor al primer matrimonio, estando la señorita sana y buena, y se allanara al segundo, encontrándose aquélla delicada á causa de los pasados sufrimientos.

Pero... ¡silencio! que viene la señora.

ROSA

Entrando algo pensativa, al CRIADO PRIMERO.

¡Pedro, dejen esto ya, como quiera que esté, y ocúpense del comedor, pues no tardarán en llegar los señoritos y el mismo D. José, que vendrá seguramente el primero!

Vánse los criados.

DOCTOR LEAL

Entrando.

¡Hola, chiquilla! ¡Con que... soy el primero ¿eh?!

ROSA

Usted siempre es el primero, y en cuanto á lo de chiquilla, precisamente pensaba en este momento todo lo contrario.

DOCTOR LEAL

Gracias, gracias, por lo de ser yo siempre el primero... ¡Lisonjera!... y á ver qué es eso que pensabas, por si merece rebatirlo, pues ya sabes que me siento polemista con los míos, sobre todo, en vísperas de comer.

Siéntanse ambos con la más perfecta familiaridad.

ROSA

Pensaba, mi querido médico y casi padre, en lo extraño que resulta eso de ir celebrando cómo envejecemos. De niños, celebramos, con grandes muestras de alegría, el primer vestido largo ó los primeros pantalones, según el sexo á que se pertenece;

Sonriendo.

ya mayores, nosotras, el primer novio; más tarde, la boda, que, tal vez, como en mí sucedió la vez primera, es promesa de dolores y amarguras; luego, la llegada del primer hijo, y así sucesivamente hasta que, como hoy, celebramos las bodas de plata, que equivalen á tener ya el medio siglo; hijos é hijos de los hijos, por no llamarles nietos ni llamarnos abuelos, y á todo esto... arrugas en la piel... hilos de plata en la cabeza y... sentires mil en el recuerdo mezclados, en el caso más feliz, como en el mío, con bienestares del hoy, plácidas evocaciones del ayer y dulces esperanzas del mañana, que nos hacen fe-

lices como nos hace siempre la fe en alcanzar un vehemente deseo. Eso pensaba, queridísimo don José, mientras aguardaba á tantos seres queridos como hoy nos sentaremos á la mesa.

DOCTOR LEAL

Pues, hijita, si eso piensas tú, en plena juventud, como quien dice,

Gracioso mohín de Rosa.

¿qué pensaré yo con mis setenta bien cumplidos, habiendo celebrado hace tiempo mis bodas de oro con la profesión y abandonándola por superior á mis facultades físicas, siquiera conserve las intelectuales, quizá, porque nunca fueron muy poderosas?

ROSA

En nuestros casos, modestísimo doctor, no hay paridad, sino contradicción manifiesta. Usted representa la virtud y la sabiduría, y esas nunca envejecen, siempre dan el bien como único fruto de ellas posible; yo recuerdo á usted hace cuarenta años y le recuerdo de entonces casi como le veo hoy.

Gesto expresivo de protesta del DOCTOR.

Envejecemos los pobres de espíritu, los humildes de condición; en una palabra, los adocenados, los que medimos el tiempo vivido por los vestidos que cambiamos, los estados que contraemos, los hijos y los nietos que obtuvimos á nuestro paso por el

mundo, más valle de lágrimas que tierra de promisión.

Usted, esclavo de sus libros y sus enfermos y desposado con la verdad, la humanidad y la ciencia, careció de tiempo para otro desposorio, lo que, aparte de ser lamentable para el bien de la patria y de la raza, quedarse sin herederos de sus virtudes y energías, ha beneficiado esas mismas patria y raza, entregándoseles por entero y perteneciéndoles sin las limitaciones y egoismos á que obliga la familia. En fin, mi buen D. José, que si fuera humano imponer el celibato á clase alguna de la sociedad, y yo actuase de legislador, propondría que los médicos no se casaran.

DOCTOR LEAL

¡Brava y bizarra doctrina y... magistralmente expuesta! Mira si te conozco, y no te conocía aún por completo. Esa fase tuya de socióloga reformista, merece que la expongamos á Salvador apenas llegue, y de fijo que te dará un aplauso entusiástico y hasta su aprobación absoluta.

En cuanto á lo de sentirte vieja, que decías antes, por pasar de los cincuenta,

Con discreto acento malicioso.

él debe encontrarte con muchos menos, si he de juzgar por lo que ayer me confesaba evocando nuestra primera entrevista, de la que faltó poco para que saliera resentido y casi enojado. Gracias que el final le resultó favorable.

ROSA

Y que de aquella primera entrevista dependió mi salvación, la de mis hijos y la de los hijos de mis hijos.

DOCTOR LEAL

Nada más natural llamándose Salvador tu enamorado marido, entonces sólo tu admirador.

ROSA

Y, sobre todo, siendo usted salvador de profesión y voluntad.

Se oye ruido en el interior de la casa y como algazara de niños y mayores, lo que hace exclamar á Rosa:

¡Ya están ahí!

Entran bulliciosa y precipitadamente, Salvador, hijos y nietos, invadiendo en tropel el salón, pero conservándose con cierta cómica solemnidad á retaguardia del abuelo, hasta llegar el momento de esparcirse, todo lo cual se recomienda al talento del Director de escena.

SALVADOR

Con efusión.

¡Doctor queridísimo! ¡Queridísima Rosa!

Contento y con aire triunfal.

No puedes imaginar, mujercita mía, la jugada que me habían preparado tus hijos y tus nietos,

en bien tramada conjura, ni más ni menos que si yo fuese un abuelo de tantos y me arredrase á los primeros obstáculos chocheando, cual corresponde á esa familiar categoría. Esto es, cual si yo no supiera parar los golpes de este ejército cariñoso que, por lo visto, se holgaba ya del triunfo de sus chiquilladas sobre mis arrestos, no contando con mis poderosas facultades.

Pero ni tú eres abuela de esos cinco diablillos, ni yo chocheo y me dejo vencer todavía; somos padres, jóvenes, vigorosos y casi inmortales que, más generosos que incapaces, hemos delegado en nuestros primeros hijos la dicha de traer á los segundos á esta vida terrena en que, si hay mucho que trabajar, débiles que proteger y perversos que corregir, hay goces inefables que apetecer, valientes que admirar y santos á que acudir en los trances más apurados, cual este doctor de nuestros amores.

Abrazando efusivamente al DOCTOR.

DOCTOR LEAL

Hoy está usted, amigo Salvador, tan poeta como Rosita socióloga, según oirá en seguida, pero cuéntenos lo del triunfo, que sí debe haberlo sido en toda la línea á juzgar por lo sumiso y «desconcertado que veo al enemigo».

Carcajada general.

SALVADOR

Allá va mi relato:

Todos sonrientes y muy atentos.

Llego á casa de Angelito, respetando los fueros de su edad y primogenitura, y me encuentro á él, á Luisa y Pepito, ya preparados, pero con la exigencia, formulada por el muñeco actuando de repetidor de los papás, de que «han de venir conmigo y han de entrar aquí conmigo, puesto que hoy no es día de venir ni de entrar de otro modo que de la mano del abuelito».

Trato, inútilmente, de convencerles; les digo que necesito ir á casa de sus hermanos y que los cuatro iríamos mal en el modesto *simón* que había tomado para avisar á todos; además, que si cuatro no cabíamos en el coche, menos cabríamos, después, los doce, añadidos los dos matrimonios y los cuatro chiquillos, ya que no era prudente establecer desigualdades entre los pequeños.

Todo inútil. Ni hijos ni padres se dejan convencer, echando escalera abajo é invadiéndome el coche, lo que me obliga á «entrar en prensa» como á diario mi querido periódico.

En tal guisa nos dirigimos á casa de los otros, llamo á la puerta de María y se me presentan en el recibimiento, ella, Tomás y los dos chicos, abrazándome éstos las piernas y soltándome la misma cantinela exigente que Pepito.

Los padres ríen, asintiendo; yo no me río porque veo el conflicto que se avecina; trato de resis-

tir; formulo algún inconveniente, que ni siquiera es escuchado, y, resuelto ya á no arredrarme, salgo á la escalera, doy un fuerte campanillazo en casa de Fernando, que en otra ocasión sembraría la alarma muy justificadamente.

A todo esto, ni padres ni hijos se separan de mí; abre la criada, que sin duda está en acecho tras la rejilla, y aparecen, como en casa de María, Juana, Fernando, Purita y Rafaelín, los cuatro hijos de mis pecados en traje de marcha y... se repite la escena, con iguales exigencias que en las casas de los otros hermanos, agravado todo ello con la presencia de la servidumbre de ambas familias.

Me hablan de ir todos por Angelito, su mujer y su pequeño; les confieso que están abajo en el *simón* que yo traía, porque no han querido separarse de mí; sueltan los padres una carcajada, gritan los chicos, que ellos quieren ir en coche como Pepito; me parece que los criados ríen con cierta sorna, y en un momento veo descorrerse el velo de mi candidez; me siento cogido por chicos y grandes en un lazo que no había previsto, y como por algo me llamo Salvador, me decido á agrandar yo mismo los obstáculos para darme el gustazo de vencerlos, anonadando á esos papás que han pensado desconcertarme y rendirme y agigantándome á la vez ante los hijos, que así verán que el abuelo tiene siempre la razón y la victoria de su parte.

Me acude, súbita, una idea y digo á los papás,

poniéndome muy serio: «Tengo encargo de mamá que se vengan las criadas también para ayudar á las de allí y atender á los chicos; despacháos pronto, que voy á despedir el *simón,* y que se bajen Angelito, su mujer y el pequeño, y así iremos todos en procesión y según deseáis».

¡Era de ver la cara de papás y criadas ante la perspectiva de atravesar todo Madrid á pie, en domingo, á tales horas y con las calles llenas de gente!

Les dejo con la emoción pintada en el rostro, y me lanzo escalera abajo saboreando una completa venganza.

Llego á la calle, hago bajar á los del coche y les digo que esperen en el portal á sus hermanos y á mí, que vuelvo en seguida, y, ocupando el sitio de ellos, hago al cochero que me lleve á la calle de la Victoria; ya en ésta, pago el *simón,* ajusto un *ómnibus* de los que esperan la hora de los toros, doy las señas al conductor y me presento á la puerta de Fernando y María ocupando el pescante é invitando á señores, chiquillos y domésticas, que, entre risotadas, aplausos y felicitaciones, toman el *ómnibus* por asalto proclamando el éxito mío y confesando la derrota del enemigo.

Total: once pesetas del *ómnibus,* más tres cincuenta del *simón,* son catorce cincuenta, merced á las que he demostrado mi superioridad sobre tus hijos, que, desde ahora, tendrán al abuelo por invencible.

Señalando solemnemente al grupo de hijos y nietos.

Ahí tienes, pues, á mis vencidos, que, cual nuevo D. Quijote, te entrego para que dispongas de ellos como mejor te plazca, dejándome únicamente la gloria de saber que no tendrías tal falange de esclavos y servidores á no haber mediado yo, oportuna y valerosamente, con mi personal colaboración.

Escena de risa franca de todos; gritos de alegría de los pequeños, que se lanzan contra Rosa queriendo besar á «mamá Rosa» todos á la vez, rodeando luego al doctor Leal y registrándole los bolsillos en busca de bombones, etc.

NIÑOS

¡Mamá Rosa! ¡Don José! ¡Yo quiero bombones!

A Rosa.

¿Qué me has comprado? ¿Y la abuelita?

Esta escena ha de ser muy animada. La efusión de hijos y madre, acentuadísima. La emoción de Rosa, claramente visible, y el aspecto del doctor, que habla con Salvador aparte, de una gran placidez y como retratando el varón justo que representa.

Pasado este momento de naturalísimo desorden y no menos natural expansión, aparece Doña Nieves, la bisabuela, que llega de misa, y después de saludar á sus hijos y al doctor vése rodeada de los biznietos y se retira, seguida de ellos, clamando:

DOÑA NIEVES

«¡Dejad que los niños vengan á mí!», que tengo yo cositas para estos diablejos...

Y así, muy contenta y «chocha», desaparece.

Siéntanse todos, en muy noble y muy culta familiaridad, tomando SALVADOR, con solemnidad afectada y cómica, la palabra.

SALVADOR

A su mujer.

Rosita, hoy, como siempre y hasta que celebremos nuestras bodas de oro, nos haremos presidir por el doctor; así que ruégale tú, ya que puedes ostentar derechos de antigüedad, que nos diga algo mientras avisan para comer, pues lo que diga el doctor seguramente nos resultará grato é interesante.

ROSA

A D. JOSÉ.

Ya oye usted á Salvador, y bien le consta lo mucho que le queremos y respetamos; escuchemos en usted nuestro oráculo.

DOCTOR LEAL

Oráculo ó no, os contaré por dónde andan hoy mis pensamientos y á lo que desean dedicarme mis carísimos colegas, cual si desearan premiar mi retirada, dejándoles libre el campo profesional con todas sus consecuencias... y rendimientos.

SALVADOR

Y que la lucha entre médicos es peor que entre periodistas y políticos, que es cuanto puede decirse.

DOCTOR LEAL

¡«Invidia medicorum pessima»! La envidia de los médicos es la peor de las envidias. Pues bien, pretenden mis queridísimos... sucesores que organice y presida una *Asociación* contra la tuberculosis, so pretexto de que habiendo tratado siempre con verdadera predilección esta singular dolencia, justo es, dicen ellos, que organice y dirija la especialísima cruzada.

TODOS

¡Votamos con los colegas de usted!

DOCTOR LEAL

¡Que es votar contra mí!

SALVADOR

¡Eso nunca! pero votamos en pro de los enfermos y de los sanos que pueden enfermar, y que no enfermarán gracias á las medidas inspiradas por nuestro sabio D. José.

DOCTOR LEAL

Pues bien, eso decís porque miráis á vuestro viejo amigo con lente amplificadora de sus pobres méritos, en tanto que véis los obstáculos mil que

habrá que remover ó suprimir, con unos gemelos de teatro vueltos del revés. Si pensárais que en la producción de la terrible tuberculosis influyen desde la leche con que nos alimentamos en la primera época de la vida hasta la alcoba en que dormimos, la escuela en que nos educamos, el trabajo que nos imponemos, la forma de divertirnos, las substancias mil que contribuyen á nuestro crecimiento y sostén, y todo, en fin, cuanto nos rodea día y noche constituyendo el «medio doméstico y social», que perjudica ó favorece, según los casos, nuestra salud y acorta ó dilata nuestros años de vida; si pensárais, repito, en que todo eso debe ser intervenido por la naciente «Asociación», como debe ser intervenido y estudiado cuanto se proponga, pregone y explote como tratamiento eficaz y maravilloso de la tuberculosis, rico venero de utilidades para charlatanes sin más conciencia que el personal beneficio, ya que nada hay tan inhumano como una parte de la humanidad, temeríais que comprometiera los pocos bríos y días que me restan, en un empeño muy superior á las energías de un hombre en la plenitud de sus facultades.

SALVADOR

Todo eso será verdad, pero también lo es que se impone luchar por cuantos medios hábiles haya contra esa «peste blanca» de nuestra juventud, que amenaza consumir lo más florido y selecto de la misma. Por lo que á mí toca, confieso á usted

que, aun habiéndome ocupado bastante del magno problema de la tuberculosis, me acomete el remordimiento de no haberlo hecho con la tenacidad y el acierto que el problema merece, y, especialmente, para quien como yo, debe tanto á la sabia intervención de lo que usted llama «profilaxis doméstica» del terrible mal.

DOCTOR LEAL

Profilaxis doméstica que, si se observara por todos, de acuerdo médicos y clientes, haría innecesaria la social, que resultaría indefectiblemente de la primera. Pero eso supone un progreso más ético que intelectual, de que estamos muy lejos todavía.

FERNANDO

Mientras no aumente el bienestar material y los mal comidos, mal vestidos y peor alojados constituyan excepción, como hoy constituyen mayoría, ese progreso moral será una aspiración utópica, hermosísima sí, pero irrealizable.

ANGELITO

Y á ese bienestar material no se llegará sino por el camino del progreso intelectual, que nos traerá la mayor producción con el menor dispendio; la agricultura, el comercio y la industria, gozando de una era de facilidades, hoy apenas concebibles, pondrán al alcance de los más cuanto es

lícito necesiten los humanos para vivir sin mermas de salud y de satisfacciones morales. Así, satisfechos efectivamente los más, serán buenos á poca costa, pensando bondadosamente en los menos que, como necesitados y gracias á su escaso número, serán de tal modo socorridos que se verá no muy lejano el día de la absoluta extinción de la mendicidad.

En tanto las hijas se habrán acercado á la madre y comentarán en voz baja, y más por gestos que de palabra, los incidentes de la sabrosa discusión.

DOCTOR LEAL

En resumen, y «en funciones de presidente», de las que me habéis investido por boca de vuestra madre, diré que venís á darme la razón de que hoy no es posible realizar función antituberculosa verdad, ya que para ello sería necesario un programa moral derivado de otro material, el que á su vez pende del intelectual, con sus secuelas de agrícola, industrial y mercantil no existente todavía. Por todo ello habría que pensar en un aplazamiento de algunos lustros para establecer esa lucha contra la tuberculosis que todos apetecemos; pero como yo soy terco, virtud puramente senil, creo que, si no todo, puede hacerse mucho en pro de esa santa cruzada, simbolizada por la «doble cruz roja», he de proponeros algo que es-

timo práctico y sencillo para todos, para usted

A Salvador.

muy principalmente, y útil á nuestros semejantes amenazados de la terrible dolencia.

SALVADOR

Con cierta solemnidad.

Yo, en nombre de todos, os reclamo esa noble proposición, hombre bueno entre los mejores.

DOCTOR LEAL

Para tratar de seguir siéndolo, hasta en mis días de forzada inutilidad, pido á usted, Salvador, que, como diputado, presente al Congreso dos proposiciones de ley: la primera exigiendo «el reconocimiento médico previo para contraer matrimonio», con sus naturales impedimentos y restricciones, y la segunda «la prohibición de bebidas alcohólicas á los menores de catorce años»; prohibición que no respetará ni el sagrado del hogar, por ser mucho más sagrada que éste la salud y la vida de los niños, á quienes sus padres no tienen derecho á envenenar, como no lo tienen á pervertirlos.

SALVADOR

Esas proposiciones de ley serán mi labor predilecta de diputado en la próxima legislatura, y de periodista en mi querido diario; todo en honor á nuestro venerado D. José y para solemnizar nuestras bodas de plata.

DOCTOR LEAL

¡Alto ahí, señor avaro!, que si á usted corresponde la labor legislativa, á Fernando y Angelito les toca la del periódico y el Ateneo, y á mí, retirado de la vida y vecino del «no ser», la tranquila satisfacción de ver desde mi rinconcito de apuntador humilde, esa noble porfía de una labor digna de todos ustedes por lo progresiva y humanitaria.

TODOS

Y también de usted, nuestro inspirador.

CRIADO PRIMERO

A Rosa.

La señora está servida.

DOCTOR LEAL

Levantándose é imitándole todos. Solemnemente.

Pues honremos la comida, pero antes convengamos solemnemente en que si cuantos formamos las clases llamadas intelectuales, hiciéramos una vez al mes el sencillo propósito de no sentarnos á la mesa sin haber realizado algo beneficioso á la humanidad, ésta marcharía á pasos de gigante, y con el progreso y perfeccionamiento de la patria y de la raza quedaría, insensiblemente, realizado el combate contra la tuberculosis.

Todos en pie, y como para ir al comedor, asienten, con gestos, á las palabras del DOCTOR LEAL.

SALVADOR

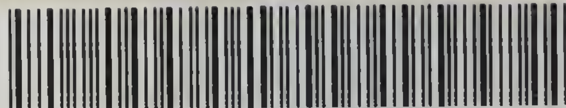
Deteniéndolos y dirigiéndose al público, también con solemnidad algo atenuada por un acento muy sinceramente cariñoso.

Público adorado y bueno: no hallando forma de invitarte á comer, por la imposibilidad material de alojarte en mi modesto comedor, quiero corresponder á tus inagotables finezas y mercedes, deseándote, para cuando los necesites, un consejero sabio y noble, como yo lo tuve en el doctor Leal;

Mostrándolos ó atrayéndolos oportunamente hacia sí.

una mujer adorable como la Rosa de mi alma; unos hijos sanos y humildes y que sólo se conjuren contra su padre, como se han conjurado los míos, y una salud cual esta que disfruto heredada de mis ascendientes, acrecentada por el trabajo y la higiene, y capaz de resistir y arrostrar, invulnerable, las mil causas de enfermedad que tropieza el hombre á cada paso en su lucha por la vida. Quiero, en fin, y te lo ruego encarecidamente, que te sumes con el poder y entusiasmo de que eres capaz, á esa lucha santa en que se hallan empeñados todos los pueblos progresivos y cultos que se organizan bajo la noble enseña de la «doble cruz roja», para dar la batalla á la tuberculosis.

TELÓN



PUBLICACIONES DEL DR. MALO DE POVEDA



Alcohol y alcoholismo ante la Higiene (agotada).

Ventajas del método hipodérmico en el tratamiento de las enfermedades en general, y más especialmente de la anemia y la tuberculosis (agotada).

El intrusismo en Medicina (agotada).

Guía sinóptico para el diagnóstico y asistencia de enfermos tuberculosos. (En colaboración con el Dr. Fernández Campa).

Traducción, prólogo y notas, que exceden al texto, de «Curación de la tuberculosis sin medicamentos», por A. B. de Guerville (agotada).

Nuevos instrumentos de percusión clínica. Premiada por la Real Academia de Medicina de Madrid (agotada).

Misión de la mujer en la lucha contra la tuberculosis (agotada).

De tisiología popular. «Carnet» para educación de enfermos del aparato respiratorio (agotada).

El deber antituberculoso. Manual de Tisiología popular para las Escuelas de instrucción primaria é Institutos de segunda enseñanza. Declarada de texto. Una peseta.

Alcance social de los Sanatorios.— Tuberculosis y matrimonio.— De cuti-reacción diagnóstica. Una peseta.